Cuéntanos

Cuéntanos

VI Concurso de Cuentos Interculturales

Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia
Instituto de Estudios Almerienses
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2012

COLECCIÓN LETRAS
Serie Narrativa. nº 74
Cuéntanos tu esperanza
VI Concurso de Cuentos Interculturales
© Textos: Los autores
© Edición:
Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

Promueve: Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia
Diputación de Almería

Coordina: Isabel Garzón Garzón

Diseño y maquetación: Mª Isabel Muñoz
Ilustraciones: Mª Isabel Muñoz
ISBN: 978-84-8108-545-7
Dep. Legal: Al –514-2012
Primera edición: Octubre 2012
Impresión: Imprenta Provincial
Impreso en España

ÍNDICE

PRENSENTACIÓN (7)

PRÓLOGO (9)

CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

IRINA Y SU VIOLÍN (11)
Carmen Paris Ortega, 10 años
Primer premio
C.E.I P. Luis Siret, Almería

KALABA, EL NIÑO AFRICANO (17)
Juan Luis López Delgado, 10 años
Segundo premio
C.E.I.P. Luis Siret, Almería

EL BAÚL ENCANTADO (23)
Estela Cruz Estévez, 10 años
Accésit
C.E.I.P. Luis Siret, Almería

DIARIO DE UN INMIGRANTE (29)
Paula Castro Martínez, 11 años
Accésit
C.E.I.P. Antonio Devalque, Rioja. Almería

EL CAMINO DE LA ESPERANZA (37)
Claudia López Morales, 9 años
Accésit
C.E.I.P. La Libertad Campohermoso, Níjar. Almería

CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

RENACER (45)
Antonio Acosta Sánchez, 13 años
Primer premio
I.E.S. Alto Almanzora Tíjola, Almería

DOBLE HORIZONTE AZUL (53)
Dolores Gómez Delgado, 15 años
Segundo premio
I.E.S. Nicolás Salmerón y Alonso, Almería

SE LLAMABA LIN FAN (59)
Martí Casal Pelegrí, 14 años
Accésit
I.E.S. Roig Tesalia, Barcelona

SUEÑOS DE LIBERTAD (67)
Arturo García Zamudio, 15 años
Accésit
I.E.S. José Cadalso, San Roque, Cádiz

CENIZAS EN PARIS (77)
Candela Capel Navío, 16 años
Accésit
I.E.S. Mar de Alborán, Almería

CATEGORÍA GENERAL

EL BANCO DE LOS RECUERDOS (87)
Tudorita Danila
Primer premio
El Ejido, Almería

ALEGORÍA DEL EXISTIR (95)
Antonio Jesús Ruiz Munuera
Segundo premio
Molina de Segura, Murcia

LOS MUNDOS DEL MUNDO (105)
Moisés Salvador Palmero Aranda
Accésit
El Ejido Almería

EL INVENTOR (115)
Rosa María López Casero
Accésit
Coria, Cáceres

EL HOLANDÉS ERRANTE (125)
Carlos del Pozo Manzanares
Accésit
Canet de Mar, Barcelona

PRESENTACIÓN

La Diputación de Almería, desde el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia, ha realizado y realiza diferentes actuaciones en materia de sensibilización ciudadana para la convivencia en una sociedad multicultural como la almeriense. Entre ellas, el VI Concurso de Cuentos Interculturales, que se ha desarrollado en el período 2011-2012.

Reconocer la diversidad cultural, mostrar, promover y velar por el respeto hacia las costumbres y modos de vida de poblaciones distintas a la autóctona, y avanzar en un nuevo entorno sociocultural, constituyen una labor por la que apostamos. El presente volumen de cuentos materializa los trabajos finalistas y supone un nuevo número de la colección **"Cuéntanos"**. Pretendemos que este libro se difunda a través de todos los organismos públicos y privados que puedan contribuir a la mejora de la convivencia, en una sociedad plural, que deseamos para la Almería del presente y del futuro.

Este proyecto se dirige a toda la población, pero especialmente a los niños y jóvenes, como germen de una sociedad que se inicia desde la interacción con otras culturas en el entorno cercano, como son los centros educativos, que se convierten en espacios de convivencia, y donde se tiene la posibilidad de trabajar los valores de respeto y solidaridad...

Hemos buscado la máxima participación, también de la población adulta, apoyando su proceso creativo mediante este vehículo para expresar, en forma de cuentos, los valores que favorezcan la integración y la diversidad como elementos que enriquecen y conducen a la cohesión social.

Somos conscientes de que estas acciones son solo un eslabón más en la secuencia de actividades que, de forma coordinada, debemos emprender para el fomento de una sociedad intercultural. Con acciones de este tipo, sumadas a la voluntad de quienes se desplazan para vivir aquí, y con la generosidad de los almerienses, haremos posible la sociedad próspera y hospitalaria que todos deseamos.

Presidente de la Diputación de Almería
Gabriel Amat Ayllón

PRÓLOGO

Mucha PAZ y mucho BIEN en los Cuentos Interculturales

LOS CUENTOS INTERCULTURALES ponen de manifiesto dos elementos importantes en la convivencia de las personas, por un lado, quienes los han escrito, mujeres y hombres, alumnos y alumnas, que ponen de manifiesto el alto grado de humildad, bondad, amistad y de ayuda mutua entre todos los seres humanos, con independencia de la raza, las creencias, o las nacionalidades. Y por otro lado, a través de la palabra escrita, de la literatura, todos somos seres humanos que habitamos amorosamente la Tierra, y todos estamos llamados a la dignidad como personas y obligados a mantener lazos de fraternidad y solidaridad en aras a conseguir una mayor y mejor igualdad y libertad.

LOS CUENTOS INTERCULTURALES organizados por el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación Provincial de Almería, con gran participación de alumnos y alumnas de Centros Educativos de Primaria y Secundaria, han puesto de relieve, que a pesar de las circunstancias difíciles de arraigo de muchas familias con muchas incidencias en los aspectos económico-social y cultural, todos y todas, ellos y ellas, llevan inherente e impregnado en su corazón y en su alma el conseguir para sus familias y su entorno la gran esperanza de la plena convivencia a través de la educación académica y social, que permitan caminar todos juntos y arrimar el hombro con pasión en beneficio de la comunidad y la colectividad que los acoge con alegría y gozo.

HAY RELATOS magníficamente expresados literariamente, en donde con finura, tiernas y dulces palabras se expresan sentimientos encontrados, sensibilidades ajenas con disociación personal, soledad ante las incomprensiones, silencios, falta de entendimiento, malos gestos, y un sin fin de desajustes y tensiones, que con el paso del tiempo y el espacio estas disociaciones se van convirtiendo con sentido común y fe en una sociedad solidaria basada en principios de democracia social, en conocimiento racional y ético, talento, concordia, tolerancia, comprensión, simpatía, unión, PAZ Y BIEN.

FELICIDADES a todos cuántos habéis participado en el VI concurso de cuentos interculturales "Cuéntanos tu esperanza", y muy especialmente a los que habéis obtenido una distinción por vuestro ejemplar texto literario, lo que nos va permitiendo año tras año, que desde la Administración Pública podamos seguir aumentando con especial gozo y común alegría entre todos nosotros, una mayor sensibilización en el ámbito de la inmigración con el fin de fomentar la absoluta integración y total convivencia de los miembros de la sociedad.

Ahora nos toca leer este libro para adentrarnos e impregnarnos de lleno en las vivencias de quienes lo han escrito. Un saludo cordial y afectuoso.

Rafael Leopoldo Aguilera Martínez
Director del Instituto de Estudios Almerienses

IRINA Y SU VIOLÍN

Carmen Paris Ortega

CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

IRINA Y SU VIOLÍN
Carmen Paris Ortega, 10 años
Primer premio
C.E.I P. Luis Siret, Almería

Irina y Natacha estaban llorando, debajo de la cama, con los ojos cerrados; las sirenas se oían muy fuertes y las bombas estaban cayendo muy cerca. Debajo de la cama de al lado estaban sus padres que cantaban una canción para que ellas no se asustaran.

Irina agarraba muy fuerte su nuevo violín que le acababa de regalar su padre, era el día de su 11 cumpleaños y desde los 5 años siempre pedía en Reyes y para su cumpleaños un violín, y era precioso, el más bonito que nunca había visto. Sus padres aunque eran muy pobres habían ahorrado y lo habían comprado de 2ª mano.

Cuando la sirena se paró todos salieron de debajo de las camas y su madre les dijo que cada una cogiera la cosa que mas necesitaban y entonces Irina cogió su violín y Natacha se volvió para coger una muñeca de trapo con el pelo rubio y los ojos azules como ella y que también se llamaba Natacha.

Salieron a la calle y todo estaba destrozado, el cine, la tienda, el parque, y la gente lloraba y gritaba.

Su padre vio un camión con las puertas abiertas y les dijo que se subieran rápido y se escondieran dentro de las cajas que llevaban tomates, pepinos, lechugas, etc.

No sabían a dónde iba el camión pero lo que querían era salir de su país que estaba en guerra y poder salvarse.

Irina tocaba muchas veces su violín y su hermana y sus padres cantaban canciones que sabían desde pequeñas, y entonces el camionero escuchó algo atrás y paró el camión, entonces abrió las puertas de atrás y los vio a los cuatro muy asustados, les dijo que no se asustaran que los iba a ayudar y les dio agua y pan que llevaba en su bolsa, también les dejó unas mantas para que se taparan.

Irina se dio cuenta de adónde iban a llegar, porque leyó en las cajas: ALMERIA (ESPAÑA).

Les gustó mucho, hacía mejor tiempo que en su ciudad que siempre hacía mucho frío y lo que más les gustó es que allí no había guerras.

El padre se llama Iván, y encontró trabajo en el almacén de verduras a donde llegaron, porque el camionero habló con el dueño para que los ayudara y les diera trabajo.

Las niñas empezaron a ir al colegio, a Natacha le gustaba mucho porque era más pequeña y se hizo muy pronto amigas y amigos, pero a Irina no le gustaba nada, no entendía a los niños de su clase, porque hablaban un idioma muy raro y se reían de ella porque decían que ella era la que hablaba muy mal, y no la entendían.

Siempre estaba sola, nadie se acercaba para jugar con ella porque la veían muy seria y muy callada.

En clase no se enteraba de nada, solo entendía algo las matemáticas, porque en su país le gustaban, y la música, porque su seño les enseñaba las notas musicales y ya las sabía, y tocaban la flauta que le gustaba mucho. Los profesores les decían a los niños que se hicieran todos amigos y jugaran todos juntos, pero ellos les decían que Irina era una niña muy rara y que quería estar sola.

Cuando llegaba a su casa pasaba todo el tiempo tocando el violín, que era lo único que le gustaba; a sus padres y a su hermana les gustaba mucho escucharla, pero no se daban cuenta porque ella no les decía nada de lo mal que lo pasaba en el colegio, porque no quería ponerlos tristes y pensaba que si les decía que estaba tan mal iban a volver a su país.

Irina quería para ver a sus amigas, pero también le daba mucho miedo volver por la guerra.

Cuando iba a llegar la Navidad, en su clase la seño de música les dijo que iban a preparar una actuación para la fiesta del cole.

Le dijo a Irina que si quería tocar la flauta, que era la que mejor la tocaba, pero ella le dijo que si podía traerse su violín, y todos se pusie-

ron a reír; ella se puso a llorar y salió corriendo de la clase. La seño no podía salir detrás porque entonces dejaba a todos los demás niños solos; le dijo a Sofía que fuera detrás de Irina y le dijera que volviera a clase.

Sofía corrió y vio cómo Irina tropezó y se cayó por las escaleras, la ayudó a levantarse, y entonces Irina le dijo "grasias". Sofía se rió y repitió "gracias", entonces se rieron las dos. Le preguntó si se había hecho daño y, con la cabeza, dijo que no. Sofía le dio un abrazo porque le dio pena de verla llorar, y a Irina le gustó mucho porque nadie le había abrazado, nada más que sus padres, desde que habían llegado a España. Volvieron a clase y no hablaron más.

Al día siguiente, en el recreo, Sofía se acercó al banco donde siempre se sentaba Irina sola, y le preguntó si le dolía el golpe que se había dado, entonces se dio cuenta de que tenía un morado en la rodilla y le preguntó si le dolía. Ella no entendió todo lo que le decía; entonces, con gestos, se lo dijo más despacio, y pasaron un rato hablando y haciendo gestos para enterarse las dos de lo que decían.

Las amigas de Sofía le preguntaban que de qué hablaban, y Sofía les dijo que no era seria, y que le había contado muchas cosas de su país, y que podían ser todas amigas.

Al día siguiente se acercaron Sofía y dos amigas más y estuvieron hablando y preguntándole por su ciudad, por las comidas típicas de allí, por lo que aprendían en su colegio, pero a Irina le costaba un poco hablar porque todavía no sabía muy bien español, entonces decidieron ponerse a jugar y ella les enseñó un juego de su país que ellas no conocían.

Todos los niños, cuando vieron lo bien que se lo estaban pasando, les preguntaron si ellos también podían jugar, y jugaron todos juntos. Lo pasaron muy bien, fue un recreo muy divertido porque en el juego se cantaba en ruso, se bailaban unos pasos muy graciosos de un baile típico ruso con los brazos cruzados y dando saltos, también corrían y había que encontrar cosas más rápido que el otro equipo.

Todos lo pasaron muy bien. Irina llegó muy contenta a su casa y le contó a su madre todo lo que habían hecho en el colegio.

Ya todos los días, en el recreo, se juntaban todos en el mismo grupo y primero hablaban un poco y así le enseñaban el español a Irina y ella hablaba algunas cosas en ruso para que todos lo conocieran, y luego jugaban unos días a juegos tradicionales españoles y otras veces a juegos rusos, que también eran muy divertidos.

Sofía le dijo que al día siguiente iba a ser su cumpleaños, y entonces Irina le pidió a su madre que le ayudara a hacer su pastel preferido para regalárselo a su mejor amiga, y el día del cumpleaños Irina llevó el pastel en el recreo y les dio un trozo a cada amigo; a todos les gustó mucho, nunca lo habían probado, y le pidieron la receta.

Llegó el día del festival de Navidad, y la seño de música le dijo a Irina si iba a tocar con la flauta la canción que habían ensayado; entonces subió al escenario con su mochila y, sin que nadie supiera nada, sacó su violín y se puso a tocar una canción preciosa que nadie conocía. Todos se emocionaron mucho y, cuando acabó, los padres, los profesores, los niños, se levantaron y aplaudieron durante un rato muy grande, hasta que ella le guiñó el ojo a Sofía y dijo "gracias"

KABALA, EL NIÑO AFRICANO

Juan Luis López Delgado

CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

KALABA, EL NIÑO AFRICANO
Juan Luis López Delgado, 10 años
Segundo premio
C.E.I.P. Luis Siret, Almería

Hace mucho tiempo, a un colegio grande con un patio pequeño y dos clases, llegó un niño africano que se llamaba Kalaba. Era un niño alto, flaco, con ojos azules. Hablaba cuatro idiomas: español, árabe, francés e inglés. Kalaba tenía el pelo rizado y marrón. Todos los días en el recreo lo llamaban "negro chocolate". Él se sentaba en un rincón del patio y lloraba. La profesora lo veía llorar e informó a los padres de que iba a haber una reunión.

En la reunión la profesora dijo que el niño africano se sentía muy solo, triste e insultado.

Los padres acordaron ir un día al colegio para inaugurar el día de las culturas, pero no pudieron por tres inconvenientes: faltaban Daniel, Javi, George y Bella; llovió una semana seguida y, finalmente, porque faltaron varios niños a lo largo de todo el año.

Un día se pudo hacer, y en esa fiesta había comida típica de África, con juegos de África, como el Masinka, que era un juego con una pelota de piel de leopardo y consiste en que la pelota no toque el suelo y, por último, hubo un teatro sobre los animales de África. De este modo intentaron que Kalaba se integrase un poco en el cole. No lo consiguieron, pero al menos jugaba en los columpios.

Entonces la profesora informó otra vez a los padres de que iba a haber otra reunión.

En esa reunión la profesora dijo:

¿Y si llamáramos a la madre y al padre de Kalaba y enseñáramos a los niños un poco de cultura de África?

Eso sí es una buena idea, dijo el padre de Daniel. Así sabrán por qué está tan triste.

Todos los padres contestaron que sí y eso se hizo. Pero no pudieron hasta al año siguiente porque los padres de Kalaba estuvieron muy ocupados. Pero finalmente se hizo. Cuando los padres de Kalaba vinieron, la profesora y los otros padres estuvieron muy tristes porque aunque explicaron su cultura, su trabajo y todo, no escucharon nada. Pasó un día tras otro y todavía seguía sin tener amigos. Pasó todo el año y Kalaba no tenía amigos.

Pero un día pasó algo milagroso porque Daniel le dijo a Kalaba:

¿Quieres ser mi amigo?

Kalaba contestó: Sí.

Todos los recreos jugaban juntos pero no mejoraron mucho las cosas porque ahora los insultaban a los dos. Solo porque jugaban y se divertían. La profesora felicitó a Daniel porque él entendió lo que era ser africano. Los otros pasaban de ellos e hicieron un pacto para que nunca hablaran ni jugaran con ellos.

Pero un día Bella rompió su pacto y ya fueron tres los que se juntaban para jugar. Bella era alta, con pelo rizado y negro y ojos marrones. A Bella también la insultaban y la llamaban idiota y ella les contestaba:

Vosotros no lo entendéis. Él en África trabajaba un montón desde pequeño.

Y ellos decían:

Y a nosotros, ¿qué? Él es negro y nosotros somos blancos y por eso no somos amigos suyos.

Pero Javier, esa no es razón para no ser amigo suyo.

Entonces Javier entró en razón y se unió a ellos. Le enseñaban a Kalaba a jugar juegos españoles y Kalaba les enseñaba a jugar juegos africanos.

Casi todos los recreos Daniel, Bella, Javier y Kalaba jugaban a juegos africanos porque les parecían muy divertidos. Otras veces jugaban a juegos españoles mientras que George, Juan, que era de la otra clase, David y Manuel les gritaban:

¡Traidores, chocolate, tontos!

Pero a ellos les daba igual y seguían jugando. La profesora estaba muy contenta con Daniel, Bella y Javier. Kalaba era muy bueno jugando al fútbol, y jugando al "shamina", que es una especie de dominó de piezas de madera, en la que cada uno tiene que hacer una letra y formar una palabra.

Kalaba también les explicaba a sus amigos los animales peligrosos de su país y les daba ejemplos, como el leopardo, el león, el guepardo, etc.

La profesora comunicó a los padres que iba a haber otra reunión. En la reunión la profesora dijo:

El niño africano se ha relacionado con Daniel, Bella y Javier y se llevan muy bien.

Y el padre de Daniel dijo:

Eso no es suficiente. Aunque esté bien, todo el colegio tiene que relacionarse con él para que él se sienta muy feliz.

Y la profe contestó: Tienes razón. No podemos hacer nada pero seguro que se relacionarán.

Cuando Daniel, Bella y Javier llegaron a casa sus padres les felicitaron. Al día siguiente faltaron Daniel, Javier y Bella, y Kalaba, entonces, se columpiaba solo en los columpios. George y sus amigos llegaron, y George le pidió:

¿Nos perdonas, Kalaba?

Y Kalaba le contestó:

Sí, os perdono.

Pero George le dijo:

¿Quieres ser mi amigo?

Y Kalaba contestó:

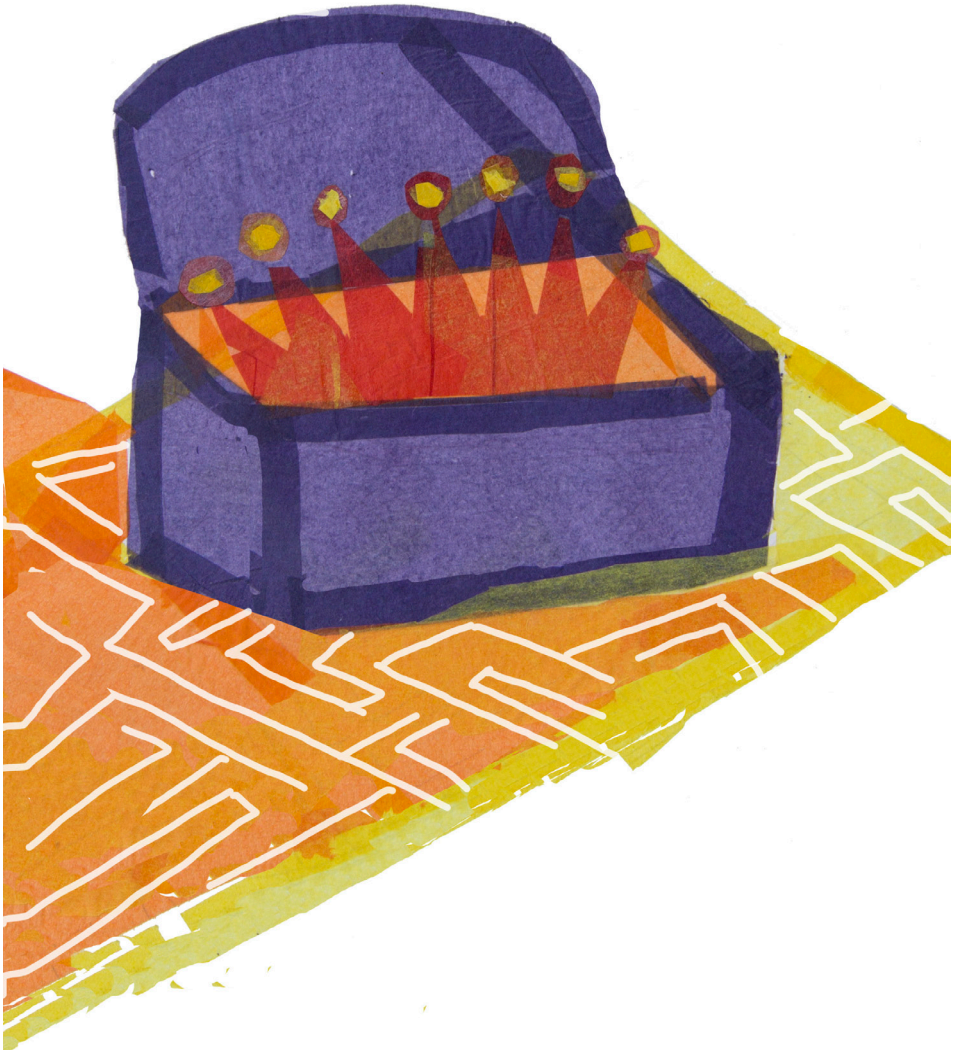
Vale.

Al día siguiente, Bella, Daniel y Javier le preguntaron a Kalaba que si George lo había tratado mal y él contestó que no. Que le habían pedido que si quería ser amigo suyo y él les había dicho que sí.

En la fiesta de fin de curso todos los padres y los niños estaban allí jugando con Kalaba y se lo pasaron muy bien. Todos los días quedaban en la puerta del colegio. Todos se llevaron bien y fueron felices para siempre y comprendieron que el que una persona fuese de diferente raza o cultura no era un inconveniente para tener una bonita amistad.

EL BAÚL ENCANTADO

Estela Cruz Estévez



CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

EL BAÚL ENCANTADO
Estela Cruz Estévez, 10 años
Accésit
C.E.I.P. Luis Siret, Almería

Érase una vez una niña llamada Miriam, que tenía un hermano llamado Carlos. Ambos eran rubios, delgados, simpáticos y amables. Aunque eran de Almería, se fueron a vivir a Córdoba. Llegó el día de ir por primera vez a su nuevo colegio, y ella estaba muy nerviosa. No sabía cómo iban a ser sus profesores, sus amigos, su clase...Cuando entró, se dio cuenta de que su seño era bastante buena y sus amigos parecían ser agradables y respetuosos. Al menos, la primera impresión fue buena, muy buena.

Con el tiempo, en el colegio, fue conociendo cada vez más a sus compañeros, y con todos se llevaba muy bien, pero sus mejores amigos eran Lia, una chica de la China, Fatima, que procedía de Marruecos, Balúm era un chico que había nacido en África, y Flapy, mi gran amigo de la India.

Al terminar el curso, Miriam decidió celebrar en su casa una fiesta por haber estado todo el curso juntos. Llegó la hora de ir a la fiesta y Miriam estuvo con sus amigos un buen rato jugando al escondite pero, de repente, Miriam pensó que si buscaba los muñecos que le había regalado su tía Alicia podrían cambiar de juego y divertirse aun más.

¡Chicos, venid! ¡Vamos a buscar en el baúl de mi cuarto! Allí tengo unos muñecos muy divertidos que me regaló mi tía Alicia, acompañadme, vamos.

Cuando llegaron a la habitación y abrieron el baúl, no sé muy bien como ocurrió, pero todos se cayeron dentro de él. No podían creer lo que había pasado; se miraban todos asombrados y descubrieron que

dentro de ese baúl había un mundo mágico con hadas, peluches, Barbies, Nancys, barriguitas, que pertenecían a Miriam y a su hermano Carlos.

De repente, todos se detuvieron frente a la muñeca más nueva que tenía Miriam disfrazada de reina. Parecía que quería decirles algo a esta pandilla de amigos:

–Si superáis estas seis grandes pruebas, cada uno de vosotros tendréis un gran poder mágico.

Todos empezaron a mirarse sin entender demasiado bien lo que estaba pasando a su alrededor; estaban nerviosos y a la vez emocionados.

–La primera prueba consiste en conseguir que Jorge, el niño del otro lado del baúl, tenga amigos, porque no tiene ninguno.

La pandilla de amigos lo intentaron, se acercaron a él para conocerlo mejor y le decían al resto de chicos del barrio que Jorge era un chico muy bueno, cariñoso, respetuoso, simpático...

Lía les contó una gran historia que le ocurrió a ella hace tres años:

–Yo era nueva en Córdoba y, al principio, nadie quería ser mi amiga porque decían que no sabía hacer nada, que era muy torpe, y seguro que iba a suspender... Pero tú tienes que intentarlo, dar todo lo que tú puedas y ser tú misma, porque al final la gente ve cómo eres y acaban queriéndote.

Un día, caminando por el parque, a Jorge se le veía muy contento y se acercó a Lía, Flapy, Miriam, Fatima y Balúm y les dijo en voz baja:

–Gracias amigos, todo ha ido bien. Ya no me siento tan sólo, de repente tengo muchos amigos:

–Marta, Laby, Luis, David... Ha sido muy divertido conoceros, espero veros más por aquí ¡mucha suerte con las pruebas!

Todos se miraron con gran alegría porque se dieron cuenta de que habían superado la primera prueba, por lo que de nuevo se dirigieron al baúl mágico para buscar a la reina.

–Muy bien chicos, habéis pasado la primera prueba. En la segunda tenéis que hacer que aquella niña, que se encuentra allí sentada y triste, pueda salir del baúl para ir a su país: Africa, y pueda reunirse con toda su familia. Ella se llama Sasa y es una chica muy buena.

Todos los amigos se fueron muy contentos a hacer la segunda prueba. Estaban deseando ayudar a más gente y poder tener poderes mágicos con sus amigos. Cuando llegaron, Balúm, que también era de África, le contó lo que le pasó a él cuando era pequeño:

–Cuando yo era pequeño estaba con mis padres en la casa de África y me abandonaron; luego una mujer pasaba por allí y esa es, para mí, ahora, mi madre: me vio tan solo y tan pequeño que decidió acogerme para que yo viviera con ella y fuese feliz...

Mientras Sasa contaba la historia, Miriam pensaba cómo podrían conseguir que Sasa saliese de ese enorme baúl.

–Seguidme, yo sé por dónde puede salir. Mi hermano se compró hace un tiempo una pista de coches, y tiene que estar muy cerca. Si conseguimos llegar, nos podremos subir y salir volando. Venga chicos, ¡vamos!

Todos fueron tras Miriam, confiaban en ella, y cuando llegaron se subieron en el coche más grande que había. Flapy decidió conducir y, al entrar en la pista, observó que había una gran cuesta hacia arriba, Flapy pisó el acelerador y salieron volando al exterior. Sasa, como tenía el poder de volar se fue volando mientras gritaba en el aire:

–Adiós, amigos, muchas gracia por ayudarme. Espero volver a veros...

Después, todos volvieron al palacio subidos cada uno en una de las hadas.

–Muchas gracias por traemos. –Dijo Miriam. –Otra prueba que hemos superado.

Cuando llegaron al palacio dijo la reina:

–Hola, como veo ya habéis superado la tercera prueba; vamos a la cuarta; es ésta: Todos tenéis que pasar el gran laberinto del palacio. Si lo superáis, al final tendréis un regalo para cada uno.

–Venga, ¡vamos chicos!

Los amigos se fueron al fondo del palacio donde estaba el laberinto; todos se ataron una cuerda al pie, para que así no se pudieran separar, y se adentraron en él. Todos se metieron en una curva donde había cuadros de la reina y los habitantes del baúl. En el suelo, debajo de una mesa, había un mapa para llegar al final del laberinto. Lo cogieron y fueron viéndolo y, cuando llegaron al final, descubrieron que había una caja con cinco regalos, uno para cada uno de ellos, y además ponía sus nombres. Para Flapy una bolsita de polvos para que nunca le faltase amor, para Miriam una bolsita que contenía unos polvitos mágicos de forma que nunca le faltara cariño, para Balúm una cajita de ternura y comprensión, para Lía y para Fátima esperanza, alegría y solidaridad.

Luego, todos se dirigieron hacia la puerta para llamar a la reina por la ventana. Esta les dijo:

–Vais muy bien, lo habéis conseguido. Nadie había logrado llegar a la quinta prueba, y no os preocupéis, la sexta os va a gustar muchísimo. Os lo aseguro. Seguidme. ¿Veis aquel circuito de caballos? Tendréis que superarlo sin caeros del caballo.

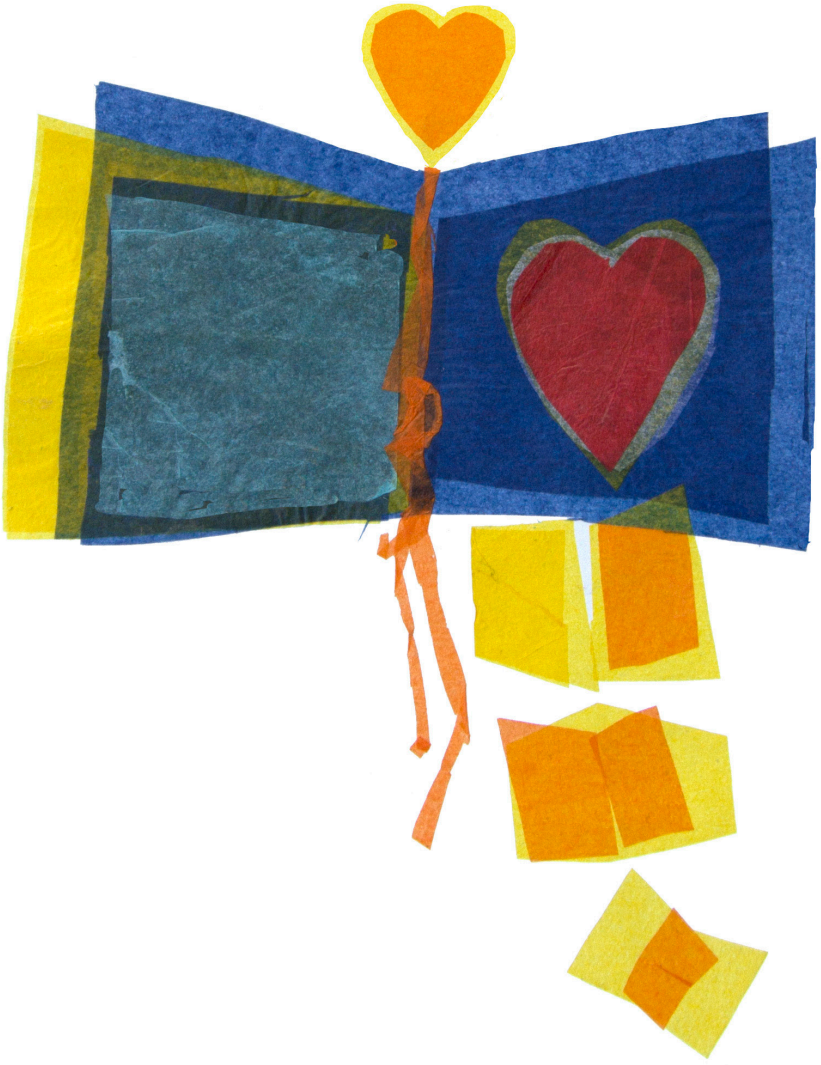
Para superar la prueba se iban ayudando, así consiguieron no caerse del caballo.

Una vez finalizadas todas las pruebas, la reina los miró a todos con orgullo, y les comunicó:

Sois un grupo muy especial, habéis tenido mucho respeto los unos con los otros, quiero que todo el mundo sepa que no importa la raza, el color ni el tipo de cultura que tengáis, todos sois personas, y habéis dado una lección al resto, sois fantásticos y quiero daros otro premio importante. Iréis todos juntos a vuestros países para seguir conviviendo y conociendo vuestras raíces, cada mes estaréis en uno de los países en los que habéis nacido, y con las cajitas que os regalé, no tendréis falta de nada, ni de amor, ni de comprensión... Todas las personas os respetarán y, en momentos difíciles, os ayudarán. No temáis, todo irá bien, y estaréis con vuestras familias, y después decidiréis si queréis seguir trabajando juntos, o permanecéis junto a vuestra familia y amigos. Lo que decidáis será bueno.

DIARIO DE UN INMIGRANTE

Paula Castro Martínez



CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

DIARIO DE UN INMIGRANTE
Paula Castro Martínez, 11 años
Accésit
C.E.I.P. Antonio Devalque, Rioja. Almería

15/03/2012

Hola, soy nuevo aquí, no conozco a nadie y mi padre está buscando un n 15/03/2012

Hola, soy nuevo aquí, no conozco a nadie y mi padre está buscando un nuevo trabajo.

Hace ya unas cuantas semanas vine a España desde África.

Tardé unos cuantos días en llegar, el viaje fue muy duro y peligroso, pero al fin y al cabo... LLEGUÉ.

A propósito, mi nombre es Abdou y tengo 11 años, vine de África a España porque allí no había trabajo, no había comida y no había de nada.

Mi padre y yo vinimos aquí mientras mi madre y mis dos hermanos pequeños se quedaban allí, ya que no podíamos transportar a toda la familia.

18/03/2012

Hace poco empecé a ir a mi nuevo colegio, es un edificio grande y bonito, con muchos árboles y un gran patio, nada parecido a lo que había en mi país, ya que no había nada.

Bueno, el tema es, que al llegar al colegio entré al edificio y todo iba muy bien hasta que llegué a la clase.

Al entrar todos se quedaron mirándome y se extrañaron por algo, la verdad es que no sé de qué.

19/03/2012

Ya sé lo que les pasa a mis compañeros, hacen como que no existo, no le dan importancia a que esté allí como todos ellos... bueno, en realidad sí que le dan importancia, porque no paran de insultarme por mi raza, mi color de piel y también se burlan de mí porque aún no domino del todo el idioma.

No me respetan, me discriminan como si fuera peor que ellos pero, simplemente soy diferente. Nadie es igual que nadie, todo el mundo es diferente, los unos de los otros, NADIE ES IGUAL.

No me gusta que me aparten y seguro que a ellos tampoco, pero no lo piensan, nunca se han puesto en mi lugar. El tener que estar solo todos los recreos, tener que aguantar esos insultos tan horribles que me dicen, y eso solamente porque soy diferente a ellos... SOY DIFERENTE.

20/03/2012

Hoy la maestra nos ha mandado un trabajo en grupo, todos los niños y niñas han hecho sus grupos sin contar conmigo... como si yo no estuviera en esa clase, como si yo no tuviese que hacer el trabajo, pero ellos no han contado conmigo para nada. Todos los grupos estaban hechos y al final he tenido que hacer el trabajo solo, sin nadie que opine sobre nada, sin nadie que me guíe, sin nadie que me apoye o me corrija... SIN NADIE.

24/03/2012

Cada grupo ha expuesto su trabajo delante de toda la clase. Al llegar mi turno me he sentido totalmente nervioso porque sigo sin dominar del todo el idioma. Me he levantado de mi silla, he salido a la pizarra y he empezado a exponer. Todo ha terminado rápido, puesto que lo he hecho deprisa para no sufrir mucho los insultos y las risas.

Al salir de clase la maestra me ha dicho que me quede un momento y yo rápidamente la he obedecido. Pensaba que me iba a regañar por mi trabajo pero ha sido todo lo contrario. Me ha felicitado y me ha dicho que el trabajo ha sido el mejor de todos con muchísima diferencia. Me he sentido genial y por una vez, me he sentido integrado.

25/03/2012

Hoy ha sido un día estupendo, he hecho una nueva amiga y mi padre ha encontrado un trabajo. Una niña de mi clase, que se llama Marina, ha visto lo que me pasaba y se ha acercado a mí, me ha sonreído y hemos empezado a hablar. Poco a poco nos hemos ido conociendo y al final nos hemos hecho amigos. Es la única persona que me entiende, sabe

lo que siento y me acompaña en todo... es genial. También mi padre ha encontrado trabajo en un invernadero, no es gran cosa pero tenemos para vivir y enviarle alguna parte de ese dinero a nuestra familia.

26/03/2012

Hoy ha sido... no tengo palabras para describir lo que he sentido, ha sido genial, Marina es la mejor, se preocupa por mí y me defiende.

Lo que ha pasado es que los niños y niñas de mi clase no paraban de insultarme, me decían cosas horribles, decían cosas que no podía creer, no entendía como podían ser tan crueles sin saber lo que he pasado toda mi vida... ha sido horrible, he pasado muy mal rato. Pero lo bueno y lo mejor, es que Marina ha visto lo que pasaba y en medio de la clase se ha subido encima de una mesa y ha dado un discurso enorme. Ha dicho que nadie es perfecto, que nadie es igual, que todos somos diferentes y que el físico no importa, lo importante es el corazón, ha dicho también que soy una persona excepcional y que no me cambiaría por nada del mundo, que ella ha tenido la oportunidad de conocer como soy de verdad y que todos podrían tenerla si me diesen una sola oportunidad, que me dejasen formar parte de ese grupo, parte de la clase, que no me discriminasen más, que no soy malo, solo diferente.

Todos los niños se han dado cuenta de lo que estaban haciendo y han empezado a hablar conmigo, a contarme todo lo que hacían y un montón de cosas más, todas interesantes y divertidas.

DOY GRACIAS A MARINA POR SER TAN BUENA CONMIGO, ES LA MEJOR.

27/03/2012

Hola, hoy hemos ido de excursión a la playa. Hemos visto muchos animales y un montón de cosas diferentes. Nos lo hemos pasado genial y sé que no hubiese sido lo mismo si Marina no hubiese hecho lo que hizo... Los niños y niñas de mi clase hemos estado muy a gusto en la playa, hemos hecho un montón de juegos y han venido unos monitores para enseñarnos muchas cosas diferentes de los ecosistemas que había. Hemos aprendido cosas sobre la contaminación, el calentamiento global, el por qué no tenemos que malgastar el papel, plástico... etc. La excursión ha sido muy divertida e interesante.

28/03/2012

Hoy, me he apuntado a unas clases particulares a las que asisten unos cuantos compañeros del colegio, sirven de refuerzo para las asignaturas que no llevas muy bien, las que suspendes o las que no dominas del

todo. La verdad, es que me han ayudado bastante en mis deberes, ya que no comprendía del todo la raíz cuadrada, las multiplicaciones con decimales y las sumas de ángulos. Mi profesor de las clases se llama Rafael y es muy buen hombre. Es simpático, gracioso, amable y muy generoso. Tiene paciencia para explicar las cosas, no duda en responder a todas y cada una de las preguntas que le hacemos, y a parte de eso, nunca se enfada. Me cae muy bien.

29/03/2012

Hoy hemos tenido un examen de matemáticas. Ha sido fácil gracias a las explicaciones de Rafael, si él no me hubiera ayudado no hubiese sacado la misma nota. Mi nota ha sido un 7'8. Para empezar no está mal pero soy consciente de que tengo que subir nota y estudiar mucho. Marina también se ha ofrecido para explicarme cosas que no entiendo. Es muy buena conmigo.

30/03/2012

Marina le ha preguntado a su madre si yo podía ir a cenar con mi padre mañana por la noche a su casa. Su madre le ha respondido que sí y nosotros nos hemos puesto muy contentos. Tengo muchas ganas de conocer a los padres de Marina, porque seguro que son geniales, como ella. También tengo ganas de que sus padres y ella conozcan a mi padre, porque es un buen hombre y seguro que se hacen amigos muy rápidamente. Estoy deseando que llegue mañana por la noche... ¡a ver que hay de cenar!

31/03/2012

Acabo de llegar de casa de Marina... ¡y estoy súper contento! ¿Y sabéis por qué? Pues mirad... ahora os cuento. Lo que ha pasado es que mi padre y los suyos han empezado a hablar y a conocerse, después de un rato de hablar mi padre les ha contado que mis dos hermanos y mi madre todavía siguen en África. Los padres de Marina se han entristecido y han decidido una cosa. Lo que han decidido ha sido que ellos iban a pagar el transporte de mi madre y mis hermanos, con todos sus ahorros iban a traer a mi familia para poder reunirnos todos. Mi padre les ha dado las gracias, pero decía que no podía permitir que lo pagaran ellos con sus ahorros, que cuando él tuviese el dinero vendrían a España. Pero los padres de Marina han insistido. Al final mi padre ha accedido y todos nos hemos puesto muy contentos. ¡POR FIN ÍBAMOS A ESTAR TODOS JUNTOS!

01/04/2012

Hoy es 1 de abril, y es... ¡mi cumpleaños! Cumplo 12 años. En el colegio todo el mundo me ha felicitado y me he sentido genial, he sentido que se preocupaban por mí y que al fin y al cabo he acabado integrándome. He decidido hacer una fiesta en mi casa, con chucherías y refrescos. He invitado a muchos compañeros de clase y a todos sus padres y madres.

Al llegar la hora de la fiesta todos los niños y niñas han ido llegando con sus padres y madres. Cada uno me ha dado un regalo envuelto con papel de colores muy bonitos y alegres, y yo les he agradecido los regalos y les he dedicado una sonrisa a cada uno de ellos. Al llegar Marina me ha dado un regalo. Estaba envuelto con un papel verde y amarillo fosforito. Lo he abierto con el máximo cuidado para no romper el papel. Marina me había regalado una foto de nosotros dos, en un marco dónde ponía: "PARA MI MEJOR AMIGO, EL QUE UN DÍA CONOCÍ Y JAMÁS SE IRÁ DE MI CORAZÓN". También me ha regalado un estuche y chocolatinas, pero por muchos regalos que me hicieran... la foto que me había regalado Marina seguía siendo el mejor de todos, porque ella era mi mejor amiga y cualquier cosa que viniera de ella.. hasta el más insignificante gesto de cariño hacia mí me hacía realmente feliz. Desde que la conocí mi vida cambió por completo, conocerla a ella ha sido lo mejor de venir aquí, a España.

02/04/2012

No paro de mirar la foto que me regaló Marina, es muy bonita y lo que más me gusta es lo que pone en el marco: "PARA MI MEJOR AMIGO, EL QUE UN DÍA CONOCÍ Y JAMÁS SE IRÁ DE MI CORAZÓN". Ese regalo es un gran símbolo de amistad entre ella y yo. Jamás quiero separarme de ella, no sé lo que haría si eso pasara... y tampoco quiero pensarlo. Hoy en el colegio hemos hecho un mural para una profesora que se va a otro sitio. El mural se ha quedado muy bien, en el centro del papel pone muy grande y con letras chulas: "TE ECHAREMOS DE MENOS". La profesora que se va se llama Sonia, es una mujer alta y morena con los ojos marrones como el café. Yo no la conozco mucho pero de lo poco que la conozco a mi me cae muy bien.

03/04/2012

Marina se ha apuntado a las clases particulares para reforzar un poco las matemáticas, a ella tampoco se le da muy bien esa asignatura. Yo ya voy cogiéndole el truco pero me siguen resultando muy difíciles. Son unas cosas muy raras... que si el número va aquí, luego se le restan sesenta y

al siguiente le sumas solo uno... ¿pero eso qué es?. Me lío un montón. Pero bueno, hay que aprender a hacer esas cosas tan raras, porque en un futuro nos van a hacer mucha falta.

04/04/2012

Hace unos cuantos días vino un niño nuevo al colegio, es mayor que yo, tiene como unos tres años más, osea, quince. Es un matón y no para de meterse conmigo.. me dice cosas muy malas.. horribles. Ayer al salir de clase me cogió y me pegó. Me sentí muy mal y se me hicieron varios moratones. Mi padre fue al colegio a hablar con su profesora. La maestra le dijo que iban a tener que hablar seriamente con él. El niño se llama Juan Carlos. Me duele todo el cuerpo después de la paliza que me dio, fue un rato horrible, menos mal que otros compañeros lo vieron y llamaron a algunos mayores rápidamente.

05/04/2012

Estoy un poco mejor después de lo del otro día. Hoy mi padre y los de Marina han ido a comprar unos billetes para traer a mi madre y a mis hermanos. Nos hemos puesto muy contentos al saber que dentro de unas pocas semanas estaremos todos reunidos. Los padres de Marina son muy buenos, sin ellos hubiésemos tenido que esperar años para poder traer aquí a todos los demás.

06/04/2012

Y ya para acabar os voy a decir que todo va fenomenal, y si hay suerte y no pasa nada malo, mi madre y mis dos hermanos vendrán a vivir aquí con nosotros a España... ¡estoy súper emocionado! ¡Quiero que todos conozcan a Marina y poder vivir todos juntos (toda mi familia)!

Ya me llevo mejor con todo el mundo, he hecho nuevos amigos pero sin duda la mejor es... bueno, ya sabéis quien.

AQUÍ TERMINO ESTE MINI DIARIO QUE ESCRIBÍ PARA RELATAR UN POCO LO QUE ME PASABA, MI VIDA Y DEMÁS.

COMO YA NO PASAN COSAS MALAS, A EXCEPCIÓN DE ALGUNAS COSILLAS INSIGNIFICANTES, YA DEJO DE ESCRIBIR, PORQUE QUIERO VIVIR MI VIDA, CON MIS NUEVOS AMIGOS Y MI FAMILIA QUE, A PROPÓSITO, LA SEMANA QUE VIENE ESTÁ TODA REUNIDA, ¡¡¡¡MI MADRE Y MIS HERMANOS VIENEN A ESPAÑA!!!!

¡Un beso! ¡Gracias a Marina y a sus padres mi vida ahora es genial, por eso le doy un millón de gracias!

EL CAMINO DE LA ESPERANZA

Claudia López Morales

CATEGORÍA ESCOLAR DE PRIMARIA

EL CAMINO DE LA ESPERANZA
Claudia López Morales, 9 años
Accésit
C.E.I.P. La Libertad Campohermoso, Níjar. Almería

Capitulo 1: Un paisaje lleno de color.

–¡Hola! Soy Ángeles Mari, tengo nueve añitos, soy bajita y siempre llevo coletas. Soy muy mona y nunca se me va la sonrisa de la cara; eso es lo que dice mi madre.

Bueno, os voy a contar la historia de cómo Ana y yo nos hicimos grandes amigas. Todo comenzó en el mes de abril, cuando fuimos, con el Cole, a una excursión a las minas de RODALQUILAR. Yo conocía a Ana muy poco, de haberle prestado una goma hace tiempo. Nunca creí que fuéramos amigas hasta que nos caímos por ese enorme hoyo.

Llegamos a Rodalquilar, y el paisaje era precioso; había flores por todos lados. Cuando bajamos del autobús la profe dijo que teníamos que ir en grupos de dos, y como mi compañero Dieguito no había venido, porque estaba enfermo, yo le di la mano a una niña alta y con el pelo largísimo. Tenía unos ojos marrones y una voz dulce.

–Hola me llamo Ana, ¿quieres ponerte conmigo?

–Claro, será divertido. Yo me llamo Ángeles Mari. –Y sonreí.

Dimos vueltas por los alrededores, e incluso vimos un montón de bichitos. Subimos muchas escaleras y andamos mucho, y por fin se hizo la hora de comernos el bocadillo.

Ana y yo nos sentamos sobre una enorme roca a comer, saqué de

mi mochila un bocadillo de jamón con tomate, mi preferido, y un zumo de piña. Ella sacó un enorme bollo de chocolate, que se derretía nada más verlo.

–¿Quieres un poco? Es que yo no me lo voy a comer todo. –dijo Ana.

–¡Vale!, ¿quieres tú mi zumo? A mí no me gusta, es que de piña… –contesté.

–¡Genial!–dijo Ana ilusionada.

Comimos y sobró mi bocadillo, que lo guardé para después. La profe nos llamó para hacer un juego que consistía en buscar diferentes tipos de flores por los alrededores, y el primer grupo que lo consiguiera recibiría una bolsa de golosinas.

–¡A ver Ana, tenemos que buscar una margarita amarilla!–dije entusiasmada.

–¡Allí!, ¡Vamos, corre!–contestó corriendo hacia la flor. –Ahora a por la vinagreta.

Nos faltaba la última flor por conseguir, una amapola, pero en el sitio donde estábamos no se veía ninguna.

–Ana, ¿qué hacemos?, no veo ninguna.

–Pues podemos mirar por allí, detrás de aquel árbol. –contestó, y fuimos hacia allí.

–¡Jopé!, ¡No hay ni rastro de amapolas!, yo quería conseguir esa bolsa de chuches. –dije entristecida.

–¡No Ángeles, la consiguiéremos!, mira allí. –Señaló Ana. Cuando miré vi una pradera llena de amapolas que parecían que bailaban con la brisa. La pradera estaba al bajar la colina en la que nos encontrábamos.

Capitulo 2: El duende

Ana llegó antes que yo, me quedé mirándola y tropecé. Solté un grito al ver que me caí en un enorme agujero del que no podía salir.

–¡Ana ayúdame! –grité.

–¿Qué?, ¿Ángeles? ¿Dónde estás?

–¡Aquí! Me he caído. Ayúdame a salir de aquí que me estoy manchando de arena.

Ana se asomó al agujero, cuando extendió su mano para intentar ayudarme a salir se desprendió parte de la arena y calló encima de mí.

–¡Ahh, qué daño!

–Pues yo no me he hecho daño.

–Claro, porque has caído encima de mí. –dije con lagrimas en los ojos.

–Lo siento, es que me he resbalado.

–Mi madre me va a matar cuando me vea con la ropa llena de barro. –dije mientras me sacudía un poco. –Eres muy torpe, Ana.

–¿Y tú qué listilla? Nada de esto hubiera pasado si no te hubieras caído. ¿En qué estabas pensando? –contestó Ana muy enfadada.

–Pues no me habría caído si tú no me hubieses llevado hasta aquí, y ahora, por tu culpa, no vamos a conseguir la bolsa de golosinas e, incluso, se irán sin nosotras y no regresaremos a casa. No volveremos a ver a nuestra familia. Dije mientras rompí a llorar.

–No seas tan llorica y piensa en cómo vamos a salir de aquí. ¡Ángeles, mira, hay una cueva ahí al fondo del agujero! –chilló Ana.

–Vámonos de aquí antes de que salga un monstruo y nos coma para cenar. –dije asustada.

–De repente apareció una luz verde que iluminaba toda la cueva. Tuvimos tanto miedo que nos abrazamos la una a la otra.

–¡Ahaaaaa, un monstruo con dos cabezas brillantes! –grité atemorizada.

–No te metas conmigo. Sólo soy un pequeño duende. –dijo una voz aguda y chirriante.

–¿Un duende? –chillamos las dos a la vez.

–Sí, me llamo Rafalín. –dijo mientras se dejaba ver.

–Nunca he visto un duende de verdad. –murmuró Ana.

–Ni yo a unas niñitas tan gritonas. –dijo el duende mientras se tapaba los oídos.

–Lo sentimos señor duende. Yo me llamo Ana, y ella es Ángeles.

–Estábamos de excursión y nos caímos aquí. –afirmó Ángeles. –¿Usted nos podría ayudar a encontrar una salida?

–Yo nunca he salido de aquí, pero sé quien os podría ayudar. Seguro que se alegraran de veros. Seguidme. –dijo Rafalín iluminando la cueva.

Capitulo 3: Los enanitos

Ana y yo nos limitamos a seguir al extraño duendecillo, que nos adentró en la oscura cueva.

–Mis amigos os ayudaran, son unos amables enanos llamados Chip y Chipik, ellos también están muy preocupados porque han cerrado las minas. –dijo Rafalín.

–¿Pero no sabemos dónde viven? ¿Tú lo sabes? –dijo Ana.

–¡Claro qué lo sé! –dijo Rafalín.

–Vale, pero si son dos, que Ana se vaya con uno y yo con el otro, porque ya no soy su amiga –dijo Ángeles.

–¡OK señorita!, en fin seguidme. –dijo Rafalín.

Ángeles, Ana y Rafalín estaban cansados de andar y al fin llegaron. Pasaron por varios túneles subterráneos que conducían hasta la superficie. Cuando salimos, vimos la casa de los duendes, era una casita algo pequeña, pero con un jardín precioso. Entraron a la casa y los enanitos estaban tristes porque habían cerrado las minas. Los tres entraron en la casa de los enanos, y Ana se tuvo que agachar para poder entrar, Rafalín y Ángeles como eran de pequeña estatura entraron sin dificultad.

–Hola Chipp, ¿qué tal Chippik? –dijo Rafalín.

–Hola Rafalín ¿Quiénes son tus amigas? –dijo Chipp.

–Ella es Ana, y… –yo soy Ángeles –interrumpió la niña.

–Estamos encantados de conoceros. –Respondió Chippik.

–Qué casa tan bonita, debe haberos costado mucho trabajo construirla así. –exclamó Ana.

–Si, nos ha costado mucho, pero estamos muy orgullosos de ella. –dijo Chipp.

–Entonces, ¿por qué estáis tan tristes? –Preguntó Ángeles. –Debe ser súper divertido vivir aquí, con tantas cosas tan chiquititas. Mira Rafalín, mira las mini–tacitas que usan.

–Sí, todo es genial. Pero ya no hay esperanza. –dijo Chipp –y se echo a llorar.

–¿Esperanza? –dijo Ángeles extrañada.

–Sí, es–pe–ran–za. –deletreó Ana, y prosiguió haciendo un gesto burlón: –es un estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos.

–Ya sé lo que significa, señorita sabelotodo. Yo solo me refería a otra cosa. –Refunfuñó Ángeles.

Capitulo 4: La esperanza de los enanitos

Los enanitos nos invitaron a un té con galletitas saladas. Nos sentamos en unas sillas muy pequeñas y comenzamos a hablar. Le contamos cómo habíamos llegado allí y por qué nos enfadamos Ana y yo. Y luego nos contaron su historia.

–Bueno contaremos nuestra historia. Desde pequeños hemos crecido jugueteando por los valles de Rodalquilar, conocemos cada rincón. En la década de 1880 las minas eran buena inversión, y pues a nuestra familia le encantaba hacer túneles, y excavar era buena ayuda para los hombres que trabajaban en la mina. –dijo chipp.

–Los hombres creían en los enanitos, nos querían muchísimo. Siempre nos contaban cosas de otros lugares y nos traían. –siguió narrando Chippik.

–¿Y por qué ahora no? –Preguntó Ángeles.

–En la actualidad nadie cree en seres tan diminutos que sean capaces de vivir bajo tierra. –contestó Ana.

–¡Eso es Ana! –contesto Rafalín sirviéndose más té.

–Cuando cerraron las minas, parte de los que vivían aquí se fueron a trabajar a otro lugar, y ya no los volvimos a ver. –contó chipp.

–Desde entonces, cuando salimos al exterior, todos se asustan de nosotros y salen corriendo; por eso casi todos los enanitos que vivían aquí se fueron a otro lugar. Nosotros somos los únicos que vivimos en Rodalquilar, porque nos gusta mucho este lugar y todavía tenemos la esperanza de que alguien pueda creer en nosotros. –dijo Chippik.

–Por eso todavía existe esperanza. –repitió Chipp.

–Vosotras sois la esperanza. –Añadió Rafalín.

–Bueno, yo sí creo en vosotros. –sonrió Ángeles.

–Y yo. –dijo Ana, mirando a Ángeles con recelo.

–¿Todavía seguís enfadadas? –dijo Rafalín.

–¡Síií! –respondieron las dos.

–Ja, ja, ja, no os enfadéis niñas; si no hubierais llegado hasta aquí, no nos habríamos conocido. –dijo chippik.

–Es verdad. –sonrió Ana.

Y las dos niñas se abrazaron pidiéndose perdón por lo sucedido en el agujero. Hicieron las paces y se prometieron que siempre serían amigas.

Capitulo 5: El regreso

Las niñas se miraron y vieron que ya era tarde, que deberían volver con la profe.

–Rafalín, Chipp y Chippik: me alegro mucho de haberos conocido, pero ya es hora de volver, seguro que están preocupados. –dijo Ana.

–Sí, yo también me alegro, y que sepáis que yo creo en vosotros. –dijo Ángeles.

–Pues vamos, os acompañaremos a la salida. –Sonrió Chipp.

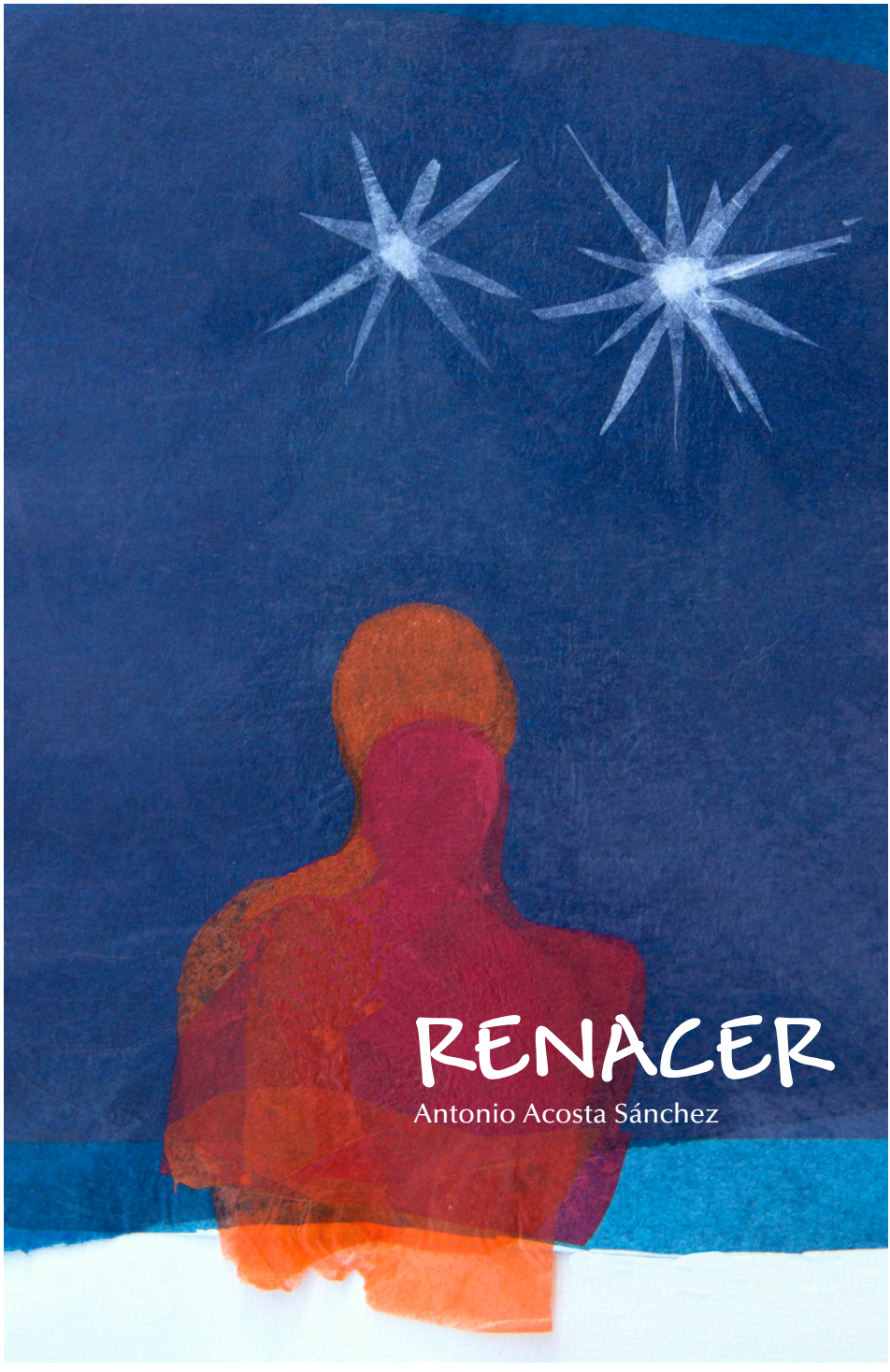
Pasaron por diferentes pasadizos subterráneos y túneles hasta llegar al agujero.

–Volveremos a vernos. –dijo Ángeles, mientras abrazaba a sus amigos.

–Me alegro tanto de haber estado aquí... –dijo Ana.

Las niñas se despidieron del duende y de los enanitos, le dieron un gran abrazo y regresaron al lugar donde estaban los compañeros de clase.

La profesora muy preocupada porque las niñas habían desaparecido, al verlas, las abrazó. Les preguntó dónde se habían metido, y las niñas le contaron la historia, pero la profesora no las creyó, y pensó que se habían quedado dormidas en algún sitio, y que todo había sido un sueño.


RENACER
Antonio Acosta Sánchez

CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

RENACER
Antonio Acosta Sánchez, 13 años
Primer premio
I.E.S. Alto Almanzora Tíjola, Almería

Todo transcurría lentamente y deseábamos que la aguja del dichoso reloj de la clase corriera veloz como el Correcaminos. En mi cabeza, el tic tac monótono era más alegre que la explicación de la profesora. Aquel día, nuevas ideas rondaban en mi cabeza y deseaba que acabaran esas seis horas que duraba el instituto.

El camino a casa siempre era igual: gente saliendo de hacer compras, paseando, entrando a los bares, y mis abuelos tomando el sol o viendo la gente pasar si hacía buen tiempo. En definitiva, esperándome para subir a comer.

De pronto la vi. Laura destacaba entre los demás con su chaqueta verde menta; sin pensármelo, echando a un lado mi timidez, aceleré el paso acercándome a ella. Hacía tiempo que, sin darme cuenta, siempre la tenía en mi pensamiento, por un motivo u otro la veía y me parecía triste, siempre solía estar sola. ¿Por qué Laura no era aceptada? Sin saber muy bien por qué, sentía deseos de conocer algo más de ella. O por lo menos intentar hablarle y descubrir aquel enigma que me rondaba en la cabeza. Aceleré el paso para alcanzarla y tuve suerte; caminamos durante un rato, en el que me contó algo de su infancia en Ecuador y de lo difícil que resultó este cambio y habituarse a una nueva vida.

Al despedirme, quedé sumergido en un gran silencio, pese a que el ruido me rodeara físicamente y me sintiera feliz por haber comenzado una nueva amistad. Las palabras de Laura se repetían en mi cabeza,

durante toda la tarde reflexioné sobre lo escuchado e intenté ponerme en el lugar de las personas que salen de su país, buscando un nuevo horizonte.

Debe de ser muy duro cruzar medio mundo en busca de una vida mejor. Decir adiós a tus amigos, a tu colegio y hasta al profesor que te tiene manía. Volar como una gaviota o una mariposa y no saber si vas a encontrar un cazador o personas que te abran la puerta de su corazón.

Poco a poco Laura y yo fuimos haciendo buenas migas, y decidió ser mi despertador matutino porque mi casa le pillaba de camino.

Cuando llegó la veíamos como "la ecuatoriana" con aires despectivos, nos creíamos que éramos mejores simplemente por nacer en España. Fui conociendo su forma de ser, nos gustaba la misma música, teníamos las mismas aficiones…

Todo parecía tan bonito, estaba brotando una amistad que traspasaba fronteras y costumbres.

Aquella mañana no sonó el timbre de mi casa como sonaba habitualmente; bajé rápido las escaleras, no quería llegar tarde al instituto. Al llegar me di cuenta de que ella no había asistido a clase. Nadie se preocupaba por su ausencia, excepto yo.

Laura no fue a clase tampoco al día siguiente, y nadie cogía el teléfono. Al fin, decidí ir a su casa y ver lo que ocurría. Descubrí que no estaba, se había fugado y sus padres andaban buscándola, deambulaban de un lado a otro como dos titiriteros. Ni siquiera la luna se preocupaba por ella.

Yo, no podía dejar que desapareciera así y decidí buscarla, no podía andar muy lejos; pensé lo peor… Los días anteriores a su "desaparición" estaba despistada y nerviosa, algo más alterada de lo normal. Algunas tardes se le veía con gente más mayor con la que asistía a fiestas.

Recuerdo que, en la última conversación que tuve con Laura, me dijo que la gente hablaba mal de ella a sus espaldas, se sentía apartada del resto, encerrada en un reloj de arena. Le sobraban los dedos de una mano para contar los amigos que tenía. Todo esto también lo sabía yo y no me resultaba extraño; realmente su actitud y el no relacionarse con el grupo no ayudaba demasiado a que la conociesen, ella sólo sabía quejarse de su vida, era muy cerrada y, a veces, un poco egoísta.

La busqué noche y día, a todas horas, no podía dejar de pensar en ella. ¿Dónde estaría? ¿Cómo se encontraba? ¿Estaría sola? ¿Por qué no me contó nada?...

Al atardecer, recibí un mensaje en el móvil. Era Laura, me pedía con voz asustada que fuese a su encuentro, Yo sentía su dolor, me dijo que se hallaba en una fábrica abandonada, al lado del descampado.

Corrí tras ella, atravesé muchas calles y di con el lugar oscuro y sombrío que me había descrito. Encontré a Laura sola y triste.

Rodeados de desesperación y oscuridad hablamos y logró calmarse. No le gustaba nada de lo que ocurría a su alrededor, ni tenía apego a nada. Era la única persona a la que necesitaba, sólo quería verme a mí, el único compañero que un día se acercó a hablarle con suavidad, haciéndole sentirse de igual a igual. Estaba harta de sentirse despreciada, no considerada ni escuchada por los demás. Todos tenían siempre algún tema de conversación: eran invitados a cumpleaños y fiestas. Se sentía ignorada, nadie reparaba en ella, ni siquiera eran conscientes del vacío que le hacían y de la sensación de soledad y frustración que le iba causando. Fue su manera de pedir ¡socorro! Para mí estaba claro, ya la iba conociendo, y encontró en mi persona la mano a la que agarrarse. Me pedía ayuda inmediata, compañía y risas, aunque como siempre su orgullo se lo impedía hacer de una forma sencilla y coloquial, siempre buscaba vericuetos complicados ante la dificultad de los momentos que le estaba tocando vivir. Le costaba trabajo encararse y enfrentarse a su realidad y luchar contra toda adversidad.

Fuimos a mi hogar. Cuando entró, se extrañó un poco al ver el viejo reloj de la entrada. Pasamos a la cocina y mi abuela atendió a una joven con la mirada perdida. Se duchó, comió y se quedó dormida. Llamamos a sus padres, para que dejasen de estar preocupados, pidiéndoles que acudiesen al día siguiente a recogerla. Aproveché su estancia en la casa para contarle algo sobre mi familia.

Una mañana de verano, el sol empezaba ya a calentar cuando una familia compuesta por unos padres bastante jóvenes y un niño de solo cuatro años se dirigía a Barcelona, dispuestos a conocer esta ciudad y a visitar a unos tíos que allí vivían, desde que emigraron en busca de trabajo.

Al llegar, se alojaron en un hotel cerca de un teatro y, como en su terraza había piscina, se dieron un chapuzón que al pequeño le supo a gloria.

A la mañana siguiente, pasearon por un enorme parque, decorado por el arquitecto Gaudí. Cuando quisieron que el chiquitín se hiciera una foto con el gran lagarto de colores, pataleaba y lloraba porque tenía

miedo. Para conseguir calmarlo los padres caminaban hasta la heladería más cercana donde refrescarse del calor. Y no es que me acuerde, es que en esa fotografía aparecemos los tres juntos sonriendo sentados alrededor de una mesa con suculentos helados. ¡Los tres juntos, riendo! ¡Los tres juntos, felices!

Después llegó la tormenta. Las vacaciones se habían acabado y volvíamos relajados y contentos a nuestro pueblo almeriense. Mi padre conducía tranquilo, mi madre y yo íbamos detrás, seguro que estaba durmiendo, no recuerdo nada de todo lo que ocurrió. Lo que sé, lo he ido descubriendo después, pues mis abuelos tampoco hablan demasiado… Me quieren y cuidan, lo hacen de mil amores, se están convirtiendo en unos ancianos necesitados de cariño y ayuda. Su única esperanza soy yo. Pues tienen otro hijo, pero vive lejos, por motivos de trabajo. Aquí, soy su única compañía.

He conseguido el periódico donde apareció la noticia del accidente, lo guardo donde no puedan encontrarlo.

Recoge la muerte de un matrimonio joven que había fallecido en la provincia de Almería. Su hijo pequeño estaba vivo, lo encontraron entre los brazos de su madre. ¿Sabes quién es el niño pequeño? ¿Sabes quienes se ocuparon de mí? Me acogieron en esta casa, me han dado toda clase de cuidados y me adoran. Yo también a ellos. Me han ayudado a ser quién soy y, a pesar de sus muchos años, me cuidan y no me piden nada a cambio. Cuando están enfermos, no quieren que me quede a acompañarlos, procuran que no falte nunca a clase. En algunos momentos la salud de la abuela ha sido débil y ha estado ingresada en el hospital, el abuelo ha vuelto a la casa, para que no esté solo. Ella prefiere quedarse sola, para que yo, que soy muy joven, esté acompañado.

Cada vez que escuchamos en las noticias el número de muertos que se quedaron en la carretera tras un puente, o unas vacaciones, no decimos nada, el silencio se instala entre nosotros, pero yo les abrazo y agradezco que la tormenta se alejara de nosotros y nuestra unión la mantuviera lejos, lejos…

A veces los recuerdos vuelven; me entristezco y me doy cuenta de que mi situación es diferente a la mayoría de mis compañeros con padres jóvenes. He aprendido a vivir sin ellos, aunque su presencia está siempre cerca, reconozco que esto me ha obligado a madurar con mayor rapidez. A veces mi responsabilidad y agradecimiento hacia ellos me hace retirarme antes de fiestas y excursiones, pues no los quiero preocupar

demasiado por mi tardanza. Aunque esto me cueste ser el centro de algunas burlas, la víctima perfecta. Soy consciente de que mis abuelos tienen muchos años, pero me dicen que el estar pendientes de mí y acompañados les rejuvenece. Tampoco mi vida es fácil, ya ves.

Laura al escucharme comprendió que no era la única persona con una vida difícil y me di cuenta de que le había hecho pensar. Unas lágrimas caían por su cara.

Con ayuda de todos Laura deseó salir de ese atolladero donde se encontraba, pues sin darse cuenta se había metido en un callejón sin salida. Aceptó los consejos de sus padres y profesores. Me siento orgulloso de haberla ayudado y servirle de compañía en ese trance. En nuestra casa se encontraba feliz, nos visitaba con frecuencia, hablábamos, escuchábamos música y estudiábamos. Mis abuelos nunca habían estado tan acompañados. Sus padres un día nos invitaron a comer y allí acudimos; mi abuela les preparó un exquisito bizcocho. Ellos nos sorprendieron con una suculenta comida típica de su país, y nos mostraron fotos de su vida anterior.

Laura fue coloreando su arco iris en blanco y negro, cambiando su forma de ser y descubriendo que las drogas de diseño, no son los pinceles más adecuados para pintarlo.

El tiempo pasó, cada uno siguió su vida y sus estudios. Laura y su familia volvieron a su país. Una tarde, sonó el timbre y ante mí apareció una joven hermosa y serena. ¡No podía creerlo! Una nueva Laura se presentaba ante nosotros, con una mirada pícara y alegre. En nuestras múltiples comunicaciones siempre me había manifestado el deseo de volver a vernos, y me había invitado a que cruzase el charco y fuese a visitarlos. Nunca llegué a ir y no es que me faltasen ganas de verla y de conocer su país, es que no llegaba el momento. Los abuelos no se atrevían a realizar un viaje tan largo y yo era incapaz de dejarlos solos.

Al pasar al comedor, los abuelos no podían creerlo, ante nosotros aparecía nuevamente Laura, como una flor de primavera recién brotada, pero no nos cabía duda, era nuestra Laura, la que tanto añorábamos y echábamos en falta.

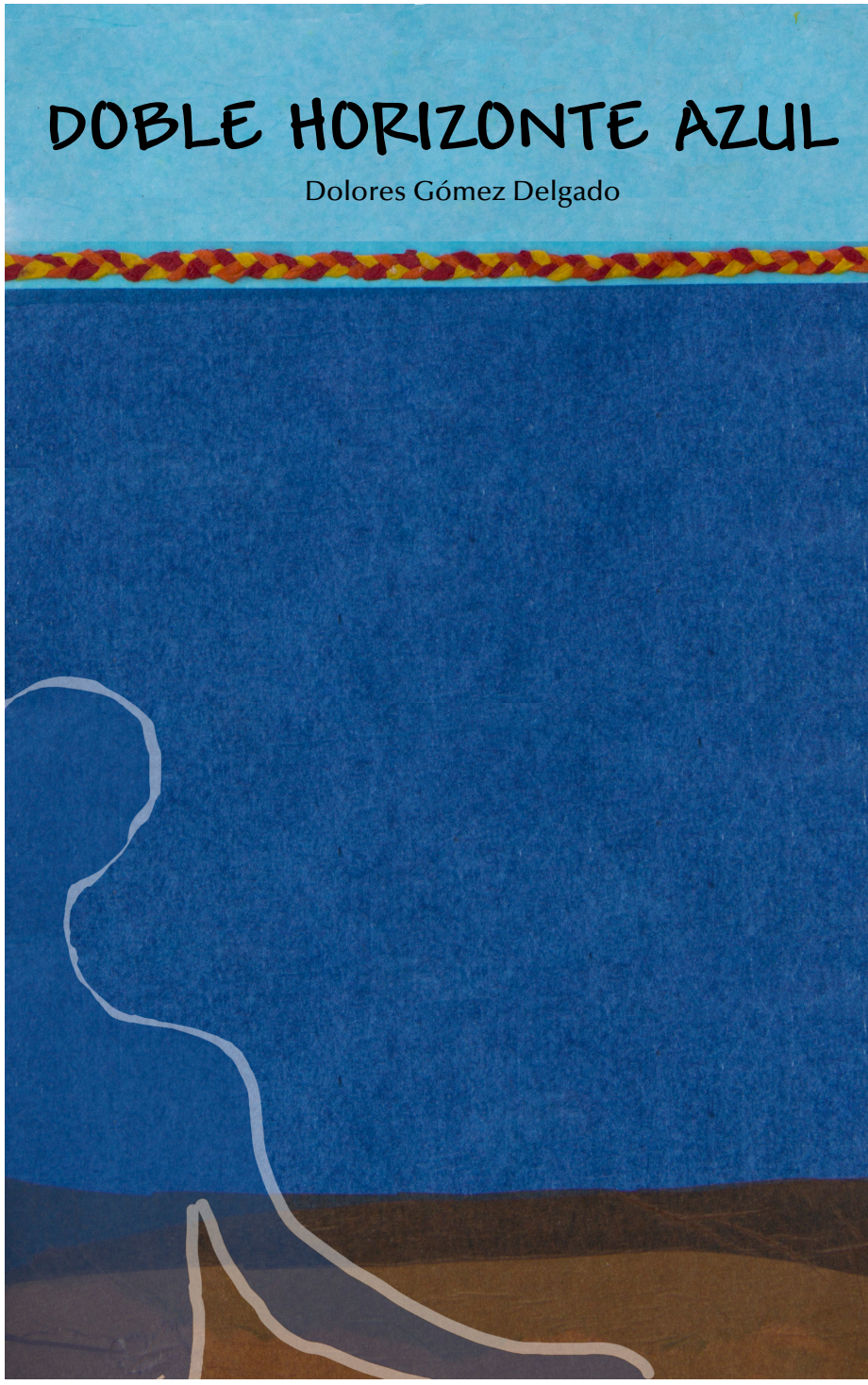
Se quedó en nuestra casa, teníamos suficiente espacio. Por la noche, salimos juntos al balcón, nos abrazamos y señalamos al cielo que, disfrazado de negro, nos observaba.

Como por arte de magia aparecieron dos estrellas sobre nosotros en la oscuridad, yo sabía quiénes eran y dónde estaban, me habían protegido siempre.

El amor surgido entre nosotros tiempo atrás seguía perdurando. Hasta este momento éramos un puzzle incompleto, pero nuestro afán de concluirlo permanecía vivo. En nuestros corazones renacía la esperanza de conseguir juntos una vida mejor.

DOBLE HORIZONTE AZUL

Dolores Gómez Delgado



CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

DOBLE HORIZONTE AZUL
Dolores Gómez Delgado, 15 años
Segundo premio
I.E.S. Nicolás Salmerón y Alonso, Almería

Es curioso cómo pueden llegar a entrelazarse las vidas de dos personas tan diferentes, que aparentemente no tienen ninguna relación y de no ser tan solo por un segundo, por un detalle, no habrían llegado a coincidir jamás; o tal vez sí. Supongo que la diferencia se encuentra entre creer en el destino o en la casualidad.

Justo por un momento como éste, se conocieron Daniel y Samira. Un día coincidió que se pinchó una rueda de la bicicleta de él, ella perdió el autobús, y se encontraron juntos en un taxi que les unió para siempre. Esta es la historia de dos enamorados sobre la que podría hablar durante páginas y páginas. Pero he escogido dos personas aun más distantes entre sí y tan diferentes que, aparentemente, lo único que tienen en común es una relación familiar con alguno de los enamorados. Ellos son: Emilio, un chico de diez años que estudia en un colegio privado de Madrid y, Babakar, un viejo senegalés de 78 años que, por vueltas que da la vida, acabó viviendo en Almería con su nieta.

Emilio se encuentra sentado sobre el sillín de una bicicleta mirando el mar desde el paseo marítimo. No se puede creer que no lo hubiese visto nunca, antes de aquel verano, porque ahora siente una extraña fascinación y magnetismo hacia aquel doble horizonte azul.

Sin duda, el verano había tenido un extraño comienzo y quién le diría a Emilio que lo más extraño estaba aún por llegar. Sus padres, de forma repentina y sin contar con él, habían decidido irse de vacaciones los

dos solos y, por si no fuese bastante, a hacer un retiro espiritual en un centro budista en medio de la naturaleza. Sus padres eran dos animales de ciudad: adictos al ordenador y al trabajo y, por supuesto, ateos. Pero qué decir, con diez años poco puedes reclamar. Aquel verano había sido el mejor de su vida, y no se podía creer que hubiese pataleado tanto por evitarlo. Es curioso cómo la gente madura.

A pesar de todo, había sido un mes lleno de días enteros en la playa o en el paseo marítimo, vendiendo pulseras de cuero o figuras de mimbre; a rebosar de risas y de noches enteras hablando a oscuras, mirando el reflejo de la luna en el mar; repleto de planes y sueños; henchido de esperanza. Y todo, regido por un número y una fecha: 40527, 15 de agosto. Aquel verano olía a amistad.

Y sin quererlo, mirando el mar, a Emilio le viene a la mente el primer día que pasó aquí. Llegó a casa de su hermano Daniel, con el que se llevaba 18 años y al que apenas conocía debido a esto, pero pronto se llevaron bien y supieron confiar el uno en el otro, no en vano, eran hermanos. Algo parecido pasó con Samira, su nueva y alegre cuñada, de aire exótico y fácil de conversación, muy apropiado para la cafetería que ambos llevaban a medias. Pero con Babakar, todo fue diferente, el anciano senegalés no dijo ni una palabra en español, hablaba con su nieta en francés y cerca de la hora de la cena enmudeció. Emilio se acordó de cómo todo le parecía nuevo y extraño: aquella rutina de otra familia que tuvo que tomar poco a poco, la decoración africana de la casa e, incluso de la cafetería en la que trabajaban Samira y su hermano, el silencio de Babakar desde las diez hasta la media noche, la inmensidad del mar que en televisión se veía tan opaco…

Pero al día siguiente todo comenzó a cobrar sentido. Se levantó por la mañana un poco desorientado pero, después de un tazón de leche y cereales de chocolate, lo vio todo de otro color. Sabía que Daniel y Samira estaban trabajando en la cafetería, y Babakar… Lo encontró en el salón, sentado en el suelo trenzando algo. La noche anterior le había llamado la atención su aspecto, pero a la luz del día que entraba a raudales por la ventana, el contraste entre su piel oscura y su barba blanca le parecía aún más estrafalario.

Emilio se sentó en el sofá sin decir nada y Babakar, al que aún no había oído hablar, dijo:

–Bonjour, bien dormi? –Emilio lo había oído hablar con Samira en francés e incluso ella lo llamada "papi", apelativo cariñoso que se refería

a abuelito. Por un segundo temió que no supiese hablar español, pero esa duda se disipó cuando comenzó a contarle:

–Me parece curioso cómo puede llegar a valorarse un trabajo dependiendo de dónde te encuentres. En mi país, Senegal, saber trenzar cuero no tiene ningún valor, lo hacen hasta los niños, en cambio te pagan por leer y escribir. A eso me dedicaba allí, ¿sabes? Leía documentos a personas que no sabían, y escribía cartas a máquina o a mano y las enviaba donde me dijesen. Tan solo necesitaba tinta, mi vieja máquina de escribir y todos los conocimientos que me había transmitido mi familia. Pero eso aquí no vale nada, lo hacen hasta los niños. Así fue como conocí a mi esposa. Ella era española y trabajaba en un hospital de voluntarios de mi ciudad, pero les leía los documentos a mis conciudadanos de forma gratuita y eso reducía mi negocio. Aún así, me enamoré de ella, nos casamos y renunció a volver a su país tras acabar la misión. Pero, un día, enfermó y me pidió que viniésemos a vivir aquí para poder despedirse de su cultura antes de morir. Ella había renunciado a tanto por mí que no dudé ni un momento. Mi mujer murió en tan solo un año, a las diez de la noche. Por eso, no hablo durante dos horas hasta la media noche; es una especie de luto, ¿comprendes? Todos mis hijos y el resto de mis nietos están en Senegal, me piden que vuelva, pero Samira se quedaría aquí con tu hermano y yo… Basta de cháchara, chico, ¡a trabajar!

Aquella mañana tan solo se puede explicar con sensaciones: el sol picándoles en la piel, las sonrisas de la gente que paseaba, el tacto del cuero en las manos, el sonido de las olas y la eterna conversación durante horas. Había tanto que aprender de aquel hombre y su cultura, que le parecía fascinante.

–¿Qué es lo que harías si te tocase la lotería? ¿Cuál es tu mayor sueño, Emilio? –Le preguntó Babakar tras vender una última pulsera a una mujer en bikini.

Emilio miró el paseo marítimo, y después a aquel hombre que despertaba tanto su curiosidad, y tras pensarlo un segundo más, dijo:

–Viajar.

–Es curioso, yo también escogería viajar… Dime, ¿a dónde irías si pudieses?

Ambos, por circunstancias distintas, tenían todo un mundo por descubrir. Pasaron lo que quedaba de mañana imaginando a dónde irían,

qué comerían, qué transporte usarían... Y cuando ya estaba todo, con todos los detalles, cambiaban de destino y volvían a empezar.

Cuando se acercaba el medio día y ya habían vendido un número considerable de objetos de cuero, comenzaron a recoger.

–¿Sabes lo que nos hace falta, chico? –Preguntó Babakar, y tras la negativa de Emilio, dijo –Necesitamos un billete de lotería.

Con la mitad de lo que habían ganado aquella mañana compraron un billete para el sorteo del quince de agosto con el número 40527.

Cada mañana se levantaban e iban a vender, soñaban con qué harían con aquel billete, postrando todas sus esperanzas en un número. Imaginaban que les acompañaría un amigo fiel, un can como el que Babakar había tenido en Senegal y como Daniel siempre había soñado tener, se comprarían un avión privado porque Babakar no tenía tiempo para ir en camello a todas partes y así Totó, que así se llamaría, podría ir suelto durante los largos viajes surcando los cielos.

Todas las noches cenaban con Samira y Daniel, y después de las dos horas que Babakar permanecía en silencio, hablaban y hablaban hasta que sus cuerpos se rendían al sueño.

Emilio contemplaba el mar mientras el sol se acercaba lentamente a la sierra y caía la tarde. La piel de Emilio estaba tostada tras todo el verano, y ahora…

Aquella tarde sería el sorteo, lo verían juntos y el destino o la casualidad decidirían si el año siguiente harían el fascinante viaje.

Mañana debía volver a Madrid, era hora de despedirse de Almería y de aquel doble horizonte azul. Pasase lo que pasase con el sorteo, volvería a aquella playa y, sobre todo, jamás perdería la esperanza.

SE LLAMABA LÍN FAN

Martí Casal Pelegrí

CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

SE LLAMABA LIN FAN
Martí Casal Pelegrí, 14 años
Accésit
I.E.S. Roig Tesalia, Barcelona

Le conocí por Navidad. Entró en la escuela dos semanas antes de fiestas. Todos estábamos muy revolucionados. En las aulas se presentía la víspera de las vacaciones de invierno. La directora me asignó el cargo de tutor suyo.

Como alumno aventajado que yo era, debía ayudar al máximo a mi nuevo compañero. Lin Fan, o simplemente Fan, que era así como le llamábamos, no hablaba ni pizca de nuestro idioma y tampoco entendía apenas unas diez palabras. Aunque la barrera mayor fue su timidez. Jamás supe si su silencio se debió, en la mayoría de los casos, más al miedo al ridículo que a la falta de entendimiento.

Le pusieron en nuestra clase de segundo a pesar de su edad. De hecho le debería haber correspondido ingresar en el último curso, pero eso era inviable ya que primaba, ante todo, que dominara nuestro idioma. Fan tenía quince años, aunque aparentaba los mismos que yo, unos trece. Su aspecto endeble y su baja estatura le permitieron no destacar mucho del resto. Él era el único compañero de origen chino que había en secundaria y ello nos dificultaba bastante los esfuerzos empleados para entendemos. Sin intérprete alguno, el lenguaje gestual y mis ilustraciones fueron el único traductor que pude tener, en un principio a mi alcance.

Era un buen muchacho, bastante retraído pero extremadamente educado. Cedía el paso a las chicas y saludaba a todo el mundo con un apocado tono de voz. Yo me tomé muy en serio mi labor de tutor.

Las clases resultaban tan aburridas y soporíferas para alguien que no entendía nada de nada… Hasta se llegó a dormir en más de una clase, intentando imitar con garabatos nuestro alfabeto, que se limitaba a copiar sin comprender nada de lo que significaban aquellos símbolos. Sólo prestaba interés en matemáticas y gimnasia, porque en música era bastante torpe sujetando la flauta y creo que aspiraba la respiración por temor a emitir una nota desafinada.

Pero Fan aprendía rápido. En menos de dos semanas fue capaz de transcribir fonéticamente un dictado e incluso de leer. Otra cosa fue entender lo que decía. Reconozco que mi labor de tutor estaba un poco limitada y me sentía maniatado cuando no podía exigir que los profesores le hicieran unos exámenes adaptados a su capacidad de compresión. Me daba una rabia tremenda ver un cero en un control suyo. ¿Qué hubieran contestado ellos si se lo hubieran preguntado en chino? Así que resolví hacer una inmersión mayor de mi desvalido tutelado.

Fan se avino a pasar las tardes de los fines de semana con mis amigos sin oposición alguna. Los sábados nos reuníamos en casa junto con mi vecino Alejandro y mi hermana a hacer juegos de mesa. Primero me costó un poco que la cotorra de mi hermana cesara de recitar largas parrafadas con Alejandro. Pronto les conciencié de sustituirlas por breves frases gesticuladas.

Fan fue cogiendo confianza en nosotros y dejando atrás su retraimiento inicial. El primer día que se quedó a cenar en casa descubrimos que no sabía ni tan siquiera lo que era un tenedor, y menos cómo agarrarlo. Le extrañaban nuestras comidas, aunque se avenía a probarlas todas. Si alguna no le agradaba, la dispersaba discretamente por el plato hasta el final. Entonces mi madre le preguntaba si ya no quería más, a lo que él asentía con una incipiente sonrisa.

La primera vez que le oí reírse fue viendo una película muda de la Pantera Rosa. Después de cenar, solíamos ver algún que otro corto para reposar la cena. Para mi sorpresa, Fan desconocía nuestra filmografía occidental. No tenía ni idea ni de quien era el Pato Donald. Se partía a carcajadas cuando se peleaba con las traviesas ardillas y yo me sentía feliz de ver que poco a poco era uno más de los nuestros. Mientras veíamos una película, yo no perdía ocasión para ir explicándole todo el vocabulario que se me ocurría.

Pero sus avances eran muy lentos. En clase apenas se notaban todas las horas dedicadas en mi empeño: hacer que Fan hablara un poquito

castellano. Sólo se limitaba a saludar, dar las gracias y pedir perdón ("pelotón" –decía él–) por cualquier cosa.

Yo estaba tan ansioso por mantener una simple conversación con él, que decidí aprender su idioma. Así que me apunté a unas clases de chino mandarín. Entonces fue cuando empecé a comprender que el proceso inverso debía ser un trabajo arduo y laborioso. De este modo me vi capaz de preguntarle cómo se sentía, o qué le gustaba, o aquellos sentimientos que muchas veces no alcanzaba a descifrar de su reservado comportamiento.

Fan era mi sombra, allí donde yo iba, él estaba detrás mío. En muy poco tiempo pasamos a ser unos compañeros inseparables de clase. Nuestra amistad fue creciendo. Yo le regalé una antigua guitarra mía de cadete, porque él tenía las manos muy pequeñas. Así inauguramos nuestro trío de cuerda y piano. Fan tocaba algún que otro acompañamiento, Alejandro tenía la voz cantante al piano y yo solía tocar los acordes con mi otra guitarra acústica. Tocamos Elvis Presley, los Beatles y alguna que otra canción de Los Animals.

Todo era nuevo para él. Cada vez estaba más satisfecho de mi encomienda, porque además de adoctrinarle en nuestra cultura, había ganado un gran amigo. No obstante, Fan no emitió de su boca más de cincuenta palabras en seis meses. Yo llegué a pensar que se retraía a sí mismo por temor a decirlo mal, y eso que yo le repetía en chino todo lo que él decía en mi idioma, intentando romper ese bloque tan grande de hielo que le frenaba inmensamente.

Un lunes, sin más, Fan no asistió a clase. Le llamé a su móvil para averiguar si estaba enfermo. Se limitó a responder:

–No colegio. Fan no puede.

–¿Pero, estás bien? ¿Por qué no puedes?

–Sí bien. Fan no colegio –respondió tembloroso y me colgó sin más.

Preocupado, pregunté a la directora si sabía ella si Fan tardaría muchos días en regresar. Ella se limitó a lamentarse de su baja. Fan acababa de cumplir dieciséis años y ya tenía edad para trabajar. Su madre lo había desapuntado del colegio una semana antes. Enmudecí estupefacto. Fan había pasado el fin de semana anterior en casa y no se había atrevido a explicarme nada. Ni tan siquiera me había dicho que iba a ser su cumpleaños. Me apresuré hacia primaria pretendiendo hablar con su hermano menor.

–Lin Sa Cha, ¿Es cierto que Fan no va a regresar al colegio? Me lo ha dicho la directora.

–Sí, él ahola toca tlabajal con mi tío en el bal.

–¿Cómo? Pero no puede dejar las clases a medias. Le faltan dos cursos para acabar la E.S.O

–Sí puede. Ya hecho –respondió taxativamente.

Por lo visto era una práctica bastante usual dentro su comunidad. Aprender nuestro idioma ya les suponía una faena titánica. Estudiar una formación universitaria era un sueño muy lejano, que sólo estaba al alcance de aquellas segundas generaciones inmigrantes, que una vez arraigadas a nuestro país, tenían los suficientes medios como para permitirse que sus hijos no trabajasen. Muchos se dedican al negocio familiar. La directora me explicó que no era el primer caso que se daba en la escuela. Cuando un alumno chino empezaba el colegio a una edad tan tardía, normalmente, solía hacerlo hasta alcanzar la edad legal para poder trabajar en nuestro país sin problemas. Tres de cada cuatro no alcanzaba la primaria. Sólo un 17% acababa la secundaria y apenas un 7% optaba a un bachillerato.

Disconforme con ese proceder y ante la imposibilidad de contactar con Fan, quien ya no respondió más a mi móvil, pedí ayuda a mi familia. Todos estábamos bastante consternados por haber perdido a Fan de nuestras vidas. No alcanzamos a comprender por qué motivo, a pesar de haber abandonado el colegio, nuestra amistad no podía continuar prosperando.

Gracias a las indagaciones de mi entrometido padre, dimos con el paradero de la peluquería de su madre. Fuimos los tres, mi madre, mi hermana y yo, con el pretexto de un corte de pelo y una manicura. Mi madre se dio a conocer y Peua le agradeció con un lenguaje muy básico todo lo que habíamos hecho por Fan. Nos explicó sus dificultades económicas por subsistir.

Debían abonar la deuda que tenían de su viaje a nuestro país. El padre de Fan estaba en París trabajando en un restaurante desde hacía tres años. Ellos había conseguido venir a nuestro país gracias a ese puesto de peluquera, pero ahora Fan debía contribuir a la ayuda familiar trabajando en el bar de tapas de un tío suyo. En vano fueron las explicaciones de mamá para convencerla de que alternara estudios y trabajo, intentando no limitarse a una E.S.O. no terminada.

–Sin formación un futuro se ennegrece. Nosotros podríamos ayudarle, su hijo es aplicado y es una lástima que no pueda tener más opciones ¿No cree? –le requirió, en vano, mi madre.

Le pedimos el teléfono de su hijo por si lo había cambiado, pero ella se excusó argumentando que ahora Fan tenía mucha faena y que no se podía distraer.

–¿Y los domingos? ¿Trabaja también? ¿Qué día descansa? –le pregunté, ansioso de reencontrarme con Fan–¿me puedo al menos despedir de él?

–Está en cocina bal enflente. Solo cinco minutos, ¿vale? Mucho tlabajo.

Esa fue la última vez que vi a Fan. Asombrado y casi mudo, me abrazó lloroso, apenas alcanzando a contener sus lágrimas con éxito. Después de aquello, pedimos ayuda a una asistente social quien nos dijo que no había gran cosa a hacer en estos "guetos" tan cerrados.

No resignado a perder a mi amigo, otro día acudí con mi maestro de chino al bar donde él trabajaba. Su tío, o quien se hacía pasar por tal, nos reconoció en la barra. Él le explicó, con una entonación bastante arisca y enfadada, que yo no le convenía a su sobrino. Él ya había aprendido lo suficiente para trabajar de pinche. No necesitaba más. Nada de progresos, nada de sueños de llegar a ser alguien mejor en la vida. Él debía ser responsable y ayudar en casa.

–En China mucho peor. Si tú quieres a tu amigo, olvídate de él y no des más problemas. Fan no conviene amigos como tú que llenan cabeza pájaros. Él más feliz con los suyos. Su madre no quiere que os molestéis más. Gracias y adiós–concluyó.

Mi maestro de chino me explicó que ciertos colectivos eran muy poco receptivos a mezclarse con la gente del país. No era el caso de todos. Él, por ejemplo, a pesar de tener amigos paisanos, también se había integrado mucho en nuestra cultura. Pero todo ello dependía muchas veces por las vicisitudes económicas y el nivel cultural de cada familia. Fan procedía de una zona agrícola del interior de China llamada Quingtian y para ellos, sólo el hecho de poder subsistir en nuestro país, en lugar de morirse de hambre en su tierra natal, ya era un gran logro. Me recomendó que renunciara de una vez por todas en mi intento de recuperarle, porque sólo lograría perjudicarle, enfrentándole a la voluntad de su familia.

Hace una semana que estamos de vacaciones y me decidí a pasar por delante del bar donde él trabajaba. Estaba cerrado, con la puerta de hierro semi abierta. Dentro hacían obras, así que metí las narices para preguntar por el paradero de los chinos que habían trabajado allí. Un albañil me respondió que habían dejado el local. Enfrente estaba la peluquería de su madre, pero no osé preguntar qué habría sido de Fan.

Tengo un nudo en el cuello que no me deja respirar y un desasosiego que no logro mitigar. Quién sabe si jamás le volveré a ver o conseguiré borrar de mi memoria a mi desaparecido amigo. Mi mayor esperanza es encontrarme de nuevo con él, de forma casual, paseando por la calle, que los dos podamos ir juntos de nuevo al colegio y que él pueda aspirar a un futuro sin mermas debidas a su coyuntura familiar y social.

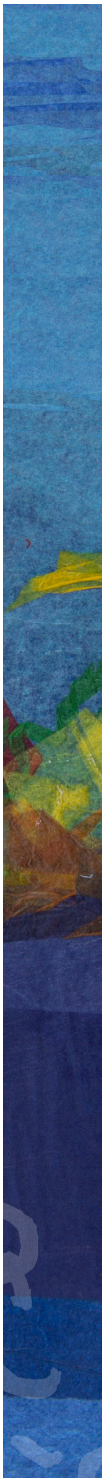
No hemos desistido de solicitar de nuevo a la asistenta social que interceda por Fan, para que al menos pueda acabar sus estudios. Ella, en cambio, tiene pocas esperanzas en que su intervención llegue a buen término. Yo no acabo de comprender cómo se ha podido permitir su abandono si la educación es un derecho humano fundamental, esencial para poder ejercitar los demás derechos.

Ayer entró un nuevo compañero de clase ocupando la baja de Fan. Casualmente también procede de China. Mi maestro ha vuelto a depositar en mí su tutela. Mi madre me comentó: "Espero que ésta vez no te impliques tanto, que si te haces tan amigo de él, ya ves lo que sufrirás después cuando marche".

–Me temo que no va a ser así mamá –le respondí–. Pues yo sólo espero ser el mejor de sus amigos y poner todos los medios necesarios para que la situación de Fan no se vuelva a repetir jamás.

SUEÑOS DE LIBERTAD

Arturo García Zamudio



CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

SUEÑOS DE LIBERTAD
Arturo García Zamudio, 15 años
Accésit
I.E.S. José Cadalso, San Roque, Cádiz

Capítulo 1

Salía de la cantina cuando lo vi: mi señor estaba golpeando a Hadi.

Hadi era mi mejor amigo en aquel agujero con hedor a barro y carbón chamuscado. A la hora de cenar, o mejor dicho, de comer (pues solo tomábamos un trozo de pan duro al final de la jornada), charlábamos de la vida, de lo que quedaba de ella en aquella prisión que, los que nunca la habían pisado, la nombraban como "mina".

Pero, ¿qué podía contar alguien que despertaba antes de la salida del sol y trabajaba sin descanso hasta que el trozo de pan duro se depositaba en sus manos?, un cuento, una historia imaginaria, ahí estaba lo interesante de nuestras conversaciones, todo eran fábulas que intentaban por unos instantes sacarnos de aquella prisión para atravesar el cielo y soñar en alguna nube. Trataba a Hadi como un hermano, aunque fuéramos hijos de distinta madre a la que nunca nos dejaron conocer, pese a que su piel fuera de color azabache y la mía de un tono luna pálida, aquel muchacho de rostro magullado, con cicatrices tapadas por la oscuridad de su barba, me protegía como lo hace un león con su hijo, no le importaban los golpes, ni los insultos, ni las viles zarpas de las dificultades, él me defendía como si lo único que le quedara fuese yo.

Pues allá estaba mi compañero, mi prójimo, mi hermano, con la mirada perdida y la sangre cayéndole de la barbilla a borbotones, le temblaban las manos y las rodillas se le clavaban en el suelo intentando con

su firmeza e inclinación perforar la tierra para huir del lugar, y su rostro ya no estaba, ni sus pupilas, su nariz o su boca, ya nada era carne, solo miedo. Aprecié el resplandor del revólver de mi señor en la oscuridad y cómo lo colocó en la sien de Hadi. Pensé en gritar, pero no quise correr la misma suerte que él.

Vi como lentamente el dedo iba apretando el gatillo del arma, sin miedo ni decoro, quizá hasta con felicidad.

Desde aquel momento me quedaría huérfano totalmente, sin hermano, sin esperanza, únicamente con una bolsa de carbón a la espalda y el trazo difuminado de un futuro que debía haber sido dibujado por un loco.

La pólvora se esparció por el aire con un color sombrío y tiñó el rostro de mi amigo de escarlata, una quemadura le destrozó la piel, no obstante, la bala, solo le rozó una oreja.

Mi amo no salía de su asombro, fue a encañonarlo por segunda vez, sin embargo, en ese mismo instante desvió la atención hacia mí que, inconscientemente, tal vez por la gran noticia de que mi hermano aún seguía vivo, había gritado estas palabras:

–!Alabado sea el señor!, !No puede vivir un hombre sin vida pero sí uno sin oreja!

Sé que no lo dije por valentía, no quise en ningún momento plantarle cara, todo ocurrió por casualidad, o quizá, porque de algún modo estaba escrito.

Hadi golpeó a mi señor mientras yo andaba filosofando más allá de las nubes, le quitó el arma, la empuñó con rabia y exclamó mirando a nuestro amo:

– !Ahora verás tú quién mata a quién!

– !No, no lo hagas!– vociferé, esta vez consciente de mis actos.

– ¿Estás loco? Este hombre nos trata como esclavos, como mercancía de la que se puede deshacer con un disparo, ¿acaso no merece morir?– me preguntó asombrado.

–No, no lo merece, como bien has dicho, es un hombre.

–Raúl, no somos una ONG.

–Y por no ser, tampoco somos unos asesinos, Hadi.

Me miró en silencio, observó de reojo el cuerpo lastimado de nuestro amo, que a la luz del crepúsculo mostraba unas heridas que quedarían marcadas durante largo tiempo en su piel.

No, no éramos criminales, ni si quiera ladrones de poca monta, solo hijos sin madre a los que raptaron y destinaron a una mina de carbón situada en Sudáfrica.

Recuerdo aún el sudor frío que recorrió mi cuerpo tiempo atrás, justamente el día que me asomé al exterior de la mina por los mastodónticos barrotes que delimitaban la cantina y vi un cartel con una flecha que marcaba cien kilómetros hacia la derecha que rezaba: Pretoria. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no estaba en Barcelona y que había sido trasladado a un lugar muy, pero que muy alejado de mi querida España.

Tal vez tenía entre seis y siete años cuando ocurrió todo aquello, pues mis cálculos matemáticos se quedaron en la suma y la resta, y además, unos años antes, cuando me metieron en una caja y me llevaron en barco hasta aquí, logré ver por un agujero el mar y creí vislumbrar su límite al horizonte, sí, definitivamente tenía seis o siete años, porque aún no conocía la abstracción, no tenía ni idea de que el cielo podía abarcar más allá de la razón, la mar más allá de lo visible, y la muerte, más allá del paraíso o del infierno.

¿Cómo íbamos a mandar a mi señor a un lugar tan abstracto y desconocido?, ¿cómo intentábamos hacernos pasar por la muerte?

Me acerqué a mi amigo que estaba pensativo e inmóvil, le quité el arma de sus manos, la siguió con los ojos hasta que cayó en la tierra, luego, como un autómata pronunció esta cuestión:

–Y ahora, ¿qué hacemos?

–Huir– contesté yo sin ninguna convicción en mis palabras.

–¿Como animales?, ¿salir corriendo porque hay un peligro que nos amenaza?, ¿qué somos, animales? Ehh, Raúl. ¿Valemos lo mismo que un camello?

– No importa qué parezcamos, el caso es que somos libres.

–¿Dónde ves tú la libertad?, ¿en esa valla electrificada?, ¿en ese puesto de vigía donde dos marroquíes como yo empuñan fusiles con ganas de pegarnos un tiro si intentamos escapar?, ¿dónde ves tú nuestra ansiada libertad?

–La veo en ese furgón– contesté señalándole una furgoneta cuya puerta del conductor estaba abierta y las llaves colocadas en el volante.

–O tienes mucha suerte, o esto estaba escrito.

Quisimos quedarnos allí un rato, contemplando la grandiosidad

del destino, sin embargo, nos hicieron ponernos manos a la obra unos gritos que provenían de la cantina, donde dos hombres altos y fornidos buscaban como locos a nuestro amo.

Corrimos hacia el furgón en el mismo instante en el que los dos individuos fueron conscientes de nuestra presencia y comenzaron a dispararnos como si fuéramos jabalís a los que cazar. Entre el murmullo y el calor de los proyectiles rozándonos el sudor que caía de nuestra piel, avanzamos hasta el vehículo.

Me puse al volante y Hadi se escondió atrás, en la parte de la furgoneta destinada antaño al transporte de minerales, giré la llave de arranque bruscamente y aceleré en menos de lo que una bala alcanzó uno de los espejos retrovisores del furgón.

–Bueno, ahora iremos hacia Pretoria y allí buscaremos algún barco que nos lleve de vuelta a nuestros respectivos hogares donde nos esperara un plato de comida caliente y, lo más importante de todo, allí nos aguardará la esperanza– le comuniqué a mi amigo que andaba con la mirada perdida en la nada.

–Ensha´llah– respondió él poco después.

–¿Cómo has dicho?– interrogué curioso. Aquella frase y entonación me habían recordado a su lengua natal: el marroquí. Hadi nunca utilizaba ese idioma para comunicarse conmigo, siempre me hablaba en castellano, un castellano con un toque magrebí, pero nunca sin llegar a su plenitud. No, no le avergonzaban sus raíces, Hadi amaba su tierra natal, pero según me explicó, charlar en marroquí solo le traía recuerdos de aquel país suyo donde el paraíso cobraba sentido y él ya estaba cansado de rememorar, Hadi quería volver, no recordar.

–Significa: si Dios quiere.

–Dios quiere, ya lo verás, el tuyo, el mío, los dos quieren que todo esto nos salga bien, ya verás, cuando tu barco arribe en el puerto de Tánger, una preciosa chica morena con ojos tan profundos como los pozos de mi tierra, te estará esperando.

–Quizá sea Esperanza.

–No, Hadi, cuando antes hablé de que nos esperarían a nuestra llegada platos de comida caliente y la esperanza me refería a algo abstracto, a un sentimiento, no a una mujer.

–Ya, ya me di cuenta, que sea de otro lugar no implica que no sienta o piense como tú; yo, como cualquiera de este planeta, tengo una

esperanza que me mantiene vivo, se llama Esperanza y tiene el cabello rizado, negro como el carbón y unos ojos tan hondos como los pozos de tu patria.

–Ah, me alegro por ti compañero, espero que algún día vengas a visitarme al caserío que me compraré cercano a Bilbao y te traigas a esa muchacha que tan alegre y vivo te tiene.

–Por supuesto, no sé si con el transcurso de los años me habrá olvidado, sin embargo, quiero creer que aún, de vez en cuando, sigo ocupándole un pensamiento del día.

–Hadi, eres un poeta, y los poetas ni el tiempo ni las dificultades los borran de la memoria de alguien que un día los escuchó.

–Ojalá sea así hermano.

–Así será, créeme, así será.

Seguí conduciendo en silencio, prestándole atención al camino que parecía vía de corderos y vacas pero no de vehículos.

Hadi y yo fuimos intercambiándonos el papel de chófer y pasajero, quedándome yo dormido como viajero sobre las doce de la noche, sentí como mi amigo me echaba una manta por encima y cómo segundos después, ya andaba soñando con qué haría a partir de aquel día, en el que yo, un don nadie, era por fin libre.

Rondaban las cuatro de la madrugada cuando nuestro plan inicio su declive.

Me desperté de un sobresalto al oír el estruendo del claxon de nuestra furgoneta, dejé de improviso un apacible sueño en una calurosa tarde junto a una mujer rubia tomando limonada en un parque lleno de palmeras, para precipitarme en una noche oscura y fría, tumbado sobre vestigios de carbón y barro. Tardé unos instantes en ser consciente de lo que ocurría, Hadi se había quedado dormido al volante y ahora el furgón viajaba sin rumbo con la intención de colisionar con una valla que cercaba un precipicio.

–!Hadi!, !Hadi!– grité con fuerza mientras lo sacudía, mis piernas estaban entumecidas y no conseguía levantarme para pisar el freno.

La imagen era escalofriante, mi hermano parecía una roca, un ser inerte, yo vociferaba como lo hacían los faros con sus luces y la furgoneta corría cada vez más deprisa hacia nuestro final. Los cinco segundos que tardó el furgón en chocar con el cercado y caer vacío abajo hacia un río

me parecieron eternos, llenos de pánico y desesperación, viendo que Hadi seguía preso de su adormecimiento.

–Nunca somos realmente libres– cavilé en el instante en el que la furgoneta chocaba con las bravas aguas del río, después, todo fue oscuridad.

Capítulo 2

He encontrado este cuaderno carcomido sobre una piedra y ahora que releo estas anotaciones de mi amigo, noto aún más angustia de la que ya llevaba encima, el cuerpo me pesa y mi ropa está totalmente empapada, y ahora para colmo, me encuentro con esto, pero no con Raúl.

–El destino es dichoso, cruel y sabio– me advirtió una vez mi padre, un hombre rudo que poseía el cerebro de un filósofo, aunque la mayor parte del tiempo solo pensaba en sumas, dátiles y en su pequeña tienda situada en el centro de Ish–Lahi. Creo que en el fondo me he topado con esto porque de alguna manera estaba predestinado.

Me zambullí infinidad de veces en el río buscando a mi compañero, desesperado, a punto de asfixiarme pero no me detuve hasta que una bala rozó mi brazo derecho y me hizo rabiar de dolor y no conseguir mantenerme ni a nado ni a flote.

Escuché gritos y ladridos, o ladridos y más ladridos, no lo recuerdo bien, pues estuve sumergido en el agua por espacio de casi tres minutos, en un estado que rozaba la inconsciencia.

Al salir de aquel líquido verdoso que en su día fue cristalino, escupí y tosí de tal manera que de los árboles brotó un muchacho que debía rozar los quince años, iba ataviado con un traje militar que le quedaba tres tallas grande y portaba un fusil Ak–47 que poco después vería que manejaba a las mil maravillas, cuando en un golpe de gracia gritó algo ininteligible y comenzó a disparar a todos lados, como si intentara cazar a una paloma que revoloteaba de una hoja a otra.

Pensé en dejarme matar por aquel pequeño miliciano que alguna madre o la ausencia de ella lo habrían mandado hasta aquel lugar cargado de balas y sin ningún porvenir más que el de la sangre, reflexioné la idea con más cansancio que miedo y acabé por quedarme de pie, inmóvil, con los brazos en alto, extendidos como clamando al cielo y la mirada perdida en los ojos de aquel desgraciado mozalbete.

– !Aquí me tienes!, !aquí está al que buscabas!– grité con furia al cielo. El niño, que no entendía nada de lo que acontecía se limitó a observarme confundido, quizá hasta admirando mi valentía y coraje, que

realmente no eran más que el abatimiento que sentía por no hallar a mi hermano sano y salvo.

Esperé mi desenlace tranquilo, sabiendo de sobra que no pisaría mi tierra ni rozaría los labios de aquella Esperanza, morena y joven que un día me cautivó el corazón.

–La libertad, es como la esperanza, solo son sueños del pobre– me dije abatido.

El crío me analizaba una y otra vez, sin embargo, no disparaba, quizá porque estaría esperando a sus jefes.

–Yk´ërta– declaró la criatura en amhárico, idioma oficial de Etiopía, del cual sabía algunas palabras sueltas gracias a Keleb, un viejo etíope que nos vigilaba en la mina y que aunque no nos dejara escapar, era como un padre para nosotros.

–¿Has dicho perdón?– le interrogué sin comprender la situación.

– Yk´ërta– repitió una vez más para confirmarme que se estaba disculpando. Ojeé mi alrededor y fue entonces cuando lo distinguí entre unas rocas: un antílope.

Aquel niño no quería matarme, solo iba a la caza del animal para tener algo que llevarse a la boca. Alguien aplaudió a mis espaldas.

–Bravo Hadi, ¿cómo pudiste pensar que el bueno de Aberu te iba a hacer daño?–cuestionó mi amigo Raúl mientras se acercaba al chiquillo y le frotaba el cogote.

–Estás vivo– logré enunciar, sin ocultar mi pasmo y alegría.

–Claro Hadi, ya te dije que los poetas nunca morían y yo al igual que tú tengo algo de poeta, o de suertudo, según se mire, el caso es que la tribu de Aberu me encontró desmayado en el río y me llevaron a su poblado, me han tratado como a uno más y ya verás como a ti también, pasaremos unos días con ellos hasta que te recuperes de todo esto. Luego, tú te irás con ella y yo a mi bonito caserío en Bilbao.

– ¿Con ella?

Se limitó a asentir y, de entre los árboles, salió una figura tan bella que cualquier calificación sabría a poco, era morena y sus ojos, aquellos ojos tan vivos, solo podían ser de una persona que ni el tiempo ni las dificultades habían borrado de mi memoria y, visto lo visto, tampoco de mi camino. Al final, los sueños también se hacían realidad para nosotros.

– !Esperanza!

CENIZA EN PARÍS

Candela Capel Navío

CATEGORÍA ESCOLAR DE SECUNDARIA

CENIZAS EN PARIS
Candela Capel Navío, 16 años
Accésit
I.E.S. Mar de Alborán, Almería

Soy un Señor del Tiempo.

Mi padre fue Señor del Tiempo y mi abuelo, y el padre de mi abuelo.

Viajo por el mundo visitando grandes metrópolis, pueblos sureños, pequeñas comunidades de casas blancas y cortinas de seda que ondean en sus ventanas así como extraños conjuntos de cabañas hechas de junco y madera húmeda, cuyos bajos, las olas del mar besan. Cuando le pregunté a mi padre que por qué yo debía ser Señor del Tiempo y no cualquier otra cosa, como por ejemplo, poeta, él me contestó: –"qué cosas preguntas", y ahí acabó la conversación. Bueno, pensé, siempre nos quedará París; literalmente.

A mí, si hubiera podido elegir, me habría gustado ser pescador.

La historia que voy a contaros, no es una historia de amor. O puede que sí, depende de la idea que cada uno tenga sobre el amor. Si para vosotros el amor es un puñado de flores secas entre las hojas de una libreta, tened la esperanza de que todo mejorará mañana, sentir intensamente que algo bueno pasará pronto o, simplemente, empatía. Entonces podéis quedaros a leer los desvaríos de este viejo octogenario, qué sé yo, pues siempre he odiado el paso del tiempo y todas sus medidas.

Situaros conmigo, Bangkok, sus calles, sus tejados de ladrillo viejo y gastado, su olor a colorante y pescado, las barriadas de estrechas callejuelas y la ropa tendida en finas cuerdas de ventana a ventana. Mañana de sol triste y charcos en suelo. Niños jugando, ah…

Conocí a Mui mientras descansaba en uno de esos tejados mojados y limpiaba mi sombrero de copa, ella corría velozmente, saltando cajas de fruta vacías que se agolpaban en el suelo, y evitando a las personas con las que se cruzaba, las cuales proferían varios gritos y luego seguían a lo suyo resoplando. Mui vivía en una chabola cerca del gran río que cruzaba la capital. Giró una esquina y decidí seguirla, al final y al cabo, tiempo no me faltaba. Mui tenía el pelo corto y negro, la piel tostada y los ojos pequeños y oscuros, característicos de los tailandeses, llevaba un vestido rojo que le llegaba por las rodillas y unas sandalias de caña, debía tener unos nueve años. Fue refrenando el paso conforme llegaba a su hogar, se detuvo en la puerta y entró en casa. Miré alrededor de la pobre construcción que había levantada delante de mí, hecha con unos tablones y cobre, quizás de por aquí y por allá. Entré sigilosamente a pesar de que sabía que nadie podría verme, y vi a Mui que se sentaba en el suelo, alrededor de una mesa, al lado de otro chico y enfrente de una chica de cabellos rizados y largos, aunque sin brillo. Thai era el chico. Hijo de un mercader cubano (del cual había heredado su pelo rizado y sus grandes ojos oscuros) y de una chica tailandesa; conoció a Mui en el orfanato donde ambos fueron abandonados, aun siendo bebés, y del cual se escaparon juntos. Según le contaron, su padre se fue de Bangkok antes de saber siquiera que su madre estaba embarazada y ella, una joven muchacha de 17 años, se encontró sola a cargo de un niño al cual no tenía medios para cuidar (pensad que ni para comer ella tenía). "Así es la vida, y esto me ha tocado" contestaba él cuando alguna vez le habían preguntado sobre el asunto.

–¿Cuánto has conseguido hoy? –Preguntó Thai a Mui, algo ansioso.

Mui sonrió y sacó, del interior de su vestido, una pequeña bolsa de piel, y vacío el contenido en la mesa.

–Doscientos baht, más o menos, hoy me han dado mucho.

Thai y la chica rubia sonrieron ampliamente y ambos se miraron con increíble alegría.

–Es porque el barco de juncos que hizo Kira estaba muy bien, tenemos que hacer más como esos y así llegaremos pronto a la cifra que queremos conseguir.–Afirmó Mui, y los otros dos chicos asintieron con firmeza.

Acto seguido los tres giraron sobre sí mismos y se pusieron manos a la obra. Con alicates, pinzas y otras herramientas, giraban, partían y modelaban alargados juncos y diversas ramas con pequeños capullos de flores. Observé con detenimiento la habitación en la que me encon-

traba; el techo estaba repleto de extraños colgantes hechos de varillas, con farolillos y adornos de papel.

Al cabo de un rato, la chica rubia salió de la casa a prisa, y yo, encandilado por aquellos personajes, la seguí preso de una gran curiosidad. La pequeña (quizás un año mayor que Mui, o no), se movió con rapidez por algunas callejuelas hasta, que llegó a lo que me pareció que podía ser una tienda de objetos extranjeros, posiblemente robados, de turistas y hombres de negocios. Ella entró y yo con ella, llegó hasta el fondo de la tienda, pasó el mostrador y llegó al patio interior.

La chica rubia, era Kira.

Kira, de pelo rubio y rizado, ojos azules y pestañas largas, era algo que en raras ocasiones se podía ver por un barrio tailandés (aunque la gente de éste, ya estaba acostumbrada a su presencia). Thai y Mui la encontraron poco después de escapar del orfanato, ella estaba sentada en una acera vendiendo pájaros de papel. Kira, al parecer, era hija de un matrimonio americano que, según cuentan, murió de cólera en un hospital cerca de la capital. Una mujer, por pena, se hizo cargo de ella sus primeros años de vida, pero cuando la misma mujer, su marido y sus siete hijos se mudaron a las montañas buscando una vida mejor, decidieron que Kira era una carga demasiado pesada, y Kira se quedó sola y compuesta.

Kira vestía unos pantalones vaqueros a la altura de la rodilla, una camiseta de algodón blanca de manga larga y las mismas sandalias de Mui.

–Crakhe, vengo a pagar.

Un hombre desaliñado, que se lavaba los pies y fumaba opio sentado en una banqueta miró a Kira y rodó los ojos.

–Os he dicho mil veces que los tres billetes de barco cuestan 1.000 baht cada uno, ¡dejad de molestarme y traédmelo todo junto de una vez!

–Ya te hemos pagado 2.000… solo nos queda un billete más…

–Sí, sí…

El hombre cogió el puñado de billetes que Kira le tendía, los contó y luego gruñó. La niña lo observó unos segundos y luego giró sobre sí misma y salió velozmente de la tienda. Volvimos a recorrer el mismo camino y llegamos de nuevo a su pequeña casa. Los tres chicos, sentados en el suelo, cavilaban de nuevo.

–No me gusta Crakhe.–afirmó Thai.

–Ni a mí, pero es la única forma que tenemos de ir a Japón.

–Podríamos haber accedido al trato de los pescadores.

–No Thai, no habríamos conseguido esa cantidad de dinero ni en un millón de años.

Thai suspiró, le dio la razón a Mui con ese gesto, echó su cuerpo hacia atrás y, tumbado en la fría moqueta, volvió a suspirar.

–Me muero por salir de esta ciudad.

–Ya solo nos queda por pagar un billete y podremos irnos–dijo Kira mirando hacia el techo.

Pude saber, con el tiempo, que el plan inicial era atravesar el océano pacífico en un barco mercante que los llevaría hasta la bahía de Tokio, y una vez allí, pues, digamos que esperarían un milagro. Todo podía ser mejor que seguir oliendo a pescado en una ciudad que nadie amaba.

Los tres chicos se quedaron trabajando hasta que anocheció y la falta de luz natural no les permitió seguir haciéndolo.

Cuando Bangkok se volvió oscuro y solo las luces tenues amarillas y rojizas de las calles iluminaban el lugar, me di un paseo por los alrededores. Aun se oían las voces de las familias que cenaban en sus casas, también los grillos y el sonido de los puestos cerrando. Oía el río, que paseaba su agua, y las oraciones de algunas personas que descasaban en su orilla, después de un largo día de trabajo. Me empapé de todo aquello como se empapa la ciudad con la lluvia, con lo gris y el humo, como empapadas se encuentran estas callejuelas de tristeza azul y eterna.

Pasé dos meses con este trío. Todos los días ocurría algo nuevo para ellos: una vez Kira se había cortado el pie con un cristal roto y volvió a la chabola con el pie arrastrando. En otra ocasión, Thai, se calló desde la copa de un árbol cuando intentaba coger sus frutos; bastantes veces tuvieron que salir corriendo cuando había redadas policiales en el barrio, y rezaban para que no le echaran el guante a Crakhe.

Pude ser testigo de la relación entre ellos, del liderazgo de Mui y del sentimiento protector de Kira, el trabajo duro de Thai y su devoción por las niña, las horas que Kira se pasaba leyéndoles libros y panfletos turísticos de lugares lejanos y ciudades amarillas. Thai era a Mui como Mui era a Kira y Kira era a Thai, y así pasaban las mañanas frías de primavera…

El día que le entregaron a Crakhe el último bath, compartí su felicidad y di gracias al cielo, o a Buda, o a quien vosotros, amigos, prefiráis. Él les dijo, que a la mañana siguiente saldría el barco, así que tenían que estar en la puerta de la casa a las seis para irse todos juntos al puerto –"¡ y no

os retraséis enanos!" . Y todo fue felicidad durante aquella noche en la que el cielo estaba especialmente oscuro.

La mañana que tenían que coger el barco, llegaron a las 5 y media a la puerta de la tienda. Y observaron como la misma, estaba totalmente destrozada y sin señales de vida en su interior. Kira, dejando caer las bolsas que portaba, contempló cómo sus peores temores se hacían realidad. Mui, llevándose las manos a la cabeza y corriendo camino abajo, comenzó a golpear en todas las puertas vecinas a Crakhe mientras gritaba por una explicación. Kira se adentró en la tienda veloz como un gato, y después de unos minutos, se oyó su llanto atronador y desconsolado que retumbó en todas las paredes de aquel distrito y en mi corazón.

Parecía que la policía por una vez había llegado a tiempo y Crakhe y toda su cuadrilla habían sido arrestados. Lo que significa que no había billetes ni dinero, que el barco zarparía sin ellos y que no podían llegar a Japón.

Mui, desolada y con el rostro desencajado se dispuso a entrar en la tienda para recoger a Kira del suelo –aunque en realidad no había visto a Kira con sus ojos, pero sabía que debía estar así, pues esa habría sido su reacción y Kira era una parte de ella misma, pero Thai la sujetó del brazo.

–¡Todo esto ha ocurrido por tu culpa¡ –bramó y Mui giró sobre sus pies librándose del agarre del chico.–¡ te dije que no era de fiar, te lo dije y te lo repetí mil veces y no me hiciste caso!

Vi el rostro de Mui, surcado por la rabia.

–¡Ahora no iremos a Japón, no tenemos dinero, no tenemos materiales, hemos vendido todo lo que teníamos!, ¡nos quedaremos encerrados para siempre aquí!, ¡por ti!

Mui entonces lo agarró de la camiseta y lo zarandeó.

–¿Crees que es todo culpa mía?, ¿crees que yo pretendía que esto pasara después de todos estos meses que nos hemos pasado trabajando sin descanso?, ¡No Thai, no!

–¡Que importa ahora todo nuestro esfuerzo!, ¿qué haremos ahora? y… ¡¡Kira cállate!! –gritó Thai, pues Kira seguía llorando sin descanso. Luego miró a Mui a los ojos y frunció el gesto.

–Yo me voy, aquí te quedas tú y todo esto…

Thai se giró, dio una patada a un contenedor de basura y echó a correr aguantándose las lágrimas (algo que Mui no pudo ver, pero sí

yo). Cuando Mui lo perdió de vista y se dio cuenta que su cuerpo no se movía, de que Thai se había ido y de que Kira no volvería a mirarla a los ojos, comenzó a caminar calle arriba hasta perderse entre las esquinas. Y el mundo volvió a girar.

Soy un Señor del Tiempo y por lo tanto, no puedo entrometerme en la vida de las personas ni cambiar ningún hecho. Si lo hago, mi tiempo de vida es acortado. Bastante.

Pero aquella noche, en la pequeña bolsa de cuero que había visto sacar a Mui tantísimas veces, aparecieron de nuevo los 3.000 Bath.

Y acto seguido cerré los ojos, y engullido por un suave viento, desaparecí.

Muchos, muchos años después, cuando el recuerdo de aquellos tres niños tan diferentes entre sí se había diluido de la mente de los vecinos del barrio, y en un lugar muy, muy lejano de las grises callejuelas, ocurrió algo.

Una mujer, de unos veintipocos años, se encontraba mirando un cuadro, intentando entender su significado y comprender su belleza. Vestida elegantemente de chaqueta, con unos tacones altos y el largo pelo rubio recogido en una coleta, regentaba lo que parecía ser una galería de arte. De pronto, la puerta de cristal se abrió y ella suavemente ladeó su cabeza. Un ''bienvenido" hizo el amago de salir de sus finos labios, pero se quedó atrapado en su interior. Un hombre, un poco mayor que ella, entró en el local tímidamente. Iba vestido con unos vaqueros largos, una camisa a cuadros y llevaba su pelo rizado anudado en la nuca. En su mano derecha, tenía sujeta una postal. Se miraron por unos instantes, (quizás, lo que para ellos fueron horas) y ambos lentamente avanzaron el uno hacia el otro (y fue como si todo Bangkok, pasara por delante de ellos, tan agridulce como siempre). Andando torpemente, y temblando, se tocaron y acariciaron, se besaron en las mejillas y en las manos, y se abrazaron como nunca, como solían hacerlo, y para siempre. En ese instante, en aquella ciudad de algún lugar de América del Norte, Kira y Thai volvieron a encontrarse. Después de un tiempo de "lo siento", "¿dónde has estado?" y ojos vidriosos, Thai le enseñó a Kira la postal.

Y Kira lloró y lloró, como lo hizo aquel día que perdieron el barco y que los perdió a ellos…

En la postal rezaba un "tenías razón" escrito en tailandés. Se abrazaron.

Nada supieron de Mui después de esa postal escrita a Thai. Ni ellos ni yo, así como tampoco supe nunca su origen, ni qué fue de ella. Sin embargo aquellos niños felices fueron, a pesar de los altos muros de Tailandia, las vallas fronterizas y los dolores del alma… oh amigos, la esperanza es lo último que se pierde, y aquellos tres, tan diferentes pero tan parecidos, tan infelices pero tan dichosos al final, vieron sus deseos cumplidos. Incluso Mui, en el fondo, sé que acabó en una casa amarilla, con florecillas en los balcones.

Después de cambiar el destino fui enviado a otra parte del mundo, descendí y llegué al suelo, y sentí la suave brisa otoñal de nuevo. Abrí mis cansados ojos (de un azul oscuro intenso "como un octubre perpetuo", decía mi madre) y observé mi alrededor. Me encontraba en el medio de una especie de descampado rodeado de repetidores derruidos y silencio; al fondo, mirando a lo lejos, se veían algunos chalets, lo que parecía ser el principio de un barrio. Había llegado a Retamar, situado al sur de Europa y un lugar al que muchos definirían cómo "dejado de la mano de Dios". Llegué en el momento del día en el que el cielo se pone rojo, los mosquitos comienzan a zumbar, y todo empieza a oler a nostalgia. Acaricié mi sombrero de copa y sonreí.

–Al menos, cada día estoy más cerca de París.

Literalmente.

EL BANCO DE LOS RECUERDOS

Tudorita Danila

CATEGORÍA GENERAL

EL BANCO DE LOS RECUERDOS
Tudorita Danila
Primer premio
El Ejido, Almería

Eran las 7 de la tarde. El sol no quería alejarse y enviaba todavía sus rayos calientes a la playa de Almería. Los dos hermanos vientos, el de levante y el de poniente, se retiraron a descansar en algún rincón lejano, porque en ese lugar nada recordaba a ellos. El mar parecía un espejo en el que se reflejaba el sol antes de retirarse. La raya del horizonte era invisible. El mar y el cielo se quedaron tan abrazados que no se sabía dónde se acababa uno y dónde empezaba el otro. Si no fuese por los barcos que entraban o salían del puerto y por los últimos bañistas, el mar parecía un cuadro pintado.

En esta veraniega atmósfera hacía una nota discordante un señor sentado en un banco, retirado entre la playa y el puerto. Aunque estaba en los años de la senectud, el señor chocaba por su aire juvenil y su elegancia. Llevaba un pantalón y una camisa de lino en color café con leche. Los zapatos deportivos eran del mismo tono. Algo de su presencia lo diferenciaba de los demás almeriense de su edad. Parecía más un turista bajado del crucero que había atracado en el puerto. A poca distancia de él, estaba sentado su perro, un dogo alemán, que miraba adormilado los alrededores.

En el murmullo de la playa se distinguía una canción que se oía desde el barco de lujo.

–An der schönen blauen Donau, –le dijo el hombre a su perro.

–El hermoso azul Danubio, –le respondió una voz.

–Rex ¿estás hablando? –preguntó el hombre curioso y asustado al mismo tiempo.

–El perro no habla, pero yo sí. –contestó alegre un muchacho, que le apareció por delante.

–Siento si lo he asustado, –continuó el joven y pidió permiso para sentarse.

El anciano lo miró contrariado porque había otros bancos libres y no entendía por qué eligió exactamente ese, donde él siempre se sentaba a recordar sus años pasados. Pero como le habló muy amablemente y también sabía alemán, accedió a que se sentara con él. De una sola mirada se dio cuenta de que era un joven educado. Era alto como un chopo. Tenía el pelo rizado y negro como las plumas de un cuervo, la tez rosada y unos ojos grandes, muy alargados y de un azul como el mar que tenía delante. Era guapo, delgado y en su mano llevaba una mochila. El señor intentó adivinarle la edad, pero no pudo. Creía que tenía entre 15 y 17, pero no podía decirlo exactamente. Le recordaba muchísimo a él mismo.

–¿Conoce, usted esa canción? –le preguntó al joven, después de sentarse a su lado.

–Claro, es un vals. Conocido como "El Danubio azul", aunque el verdadero nombre es el que usted ha dicho antes.

El anciano miró con admiración al joven y él continuó hablando:

–Fue compuesto por el compositor austriaco Johann Strauss (el hijo), en el año 1866.

–Es usted un sabio, joven –le dijo encantado el anciano.

–Depende de cómo se mire. Me gusta mucho leer. Me gusta meterme en Internet y buscar cosas que pueden dar respuestas a mis preguntas. Ahora, por ejemplo, algunas de mis dudas pueden encontrar las respuestas aquí –dijo el joven y sacó de su mochila una enciclopedia y una historia universal.

De los dos libros salían fichas que enseñaban cosas importantes para él. Con su buena vista, el anciano pudo leer, en uno de los papeles, las palabras: "…uno de mis abuelos"…, hecho que le hizo preguntar:

–Muchacho ¿es usted español?

–¡Sí, señor!...He olvidado presentarme. Me llamo Andrés, pero mi madre me llama Andrei o Andy, y mi padre Andreika o Andruska.

El anciano lo miró extrañado.

–Yo soy español,…pero…–dijo el joven y, después de una pausa, preguntó rápidamente:

–¿Tiene usted algo contra los inmigrantes?

–¡Noooo!... ¿Qué va?...Yo mismo fui un inmigrante. Recuerdo perfectamente, dijo el anciano, y a partir de aquí empezó a contarle:

–Cuando tenía más o menos tu edad, como Andalucía estaba muy mal económicamente, emigré a Alemania, y no me arrepiento de nada. Aquí había muchísima pobreza y yo decidí irme. Mi madre, la pobre, cuántas lágrimas se derramaron por sus mejillas. No quería dejarme marchar –recordó el anciano y sus ojos se mojaron.

–Tuve suerte al encontrar un compatriota que me metió en una mini fábrica de componentes para los coches BMW. En ese taller me quedé cuarentas años, hasta el día en que me jubilé.

Andrés escuchaba fascinado la historia del señor.

–Shultz, así se llamaba el dueño de aquella fábrica, y se ve que le caí bien porque invirtió en mí. Hizo una escuela y nos obligó a todos a perfeccionarnos. Después de terminar el turno de trabajo, debíamos ir a las clases. Yo tenía muchas ganas de aprender. Era un muchacho quieto e inquieto.

–¿Qué quiere decir? preguntó Andrés.

–Escuchaba a mis jefes, hacía todo lo que me pedían, pero dentro de mí tenía una inquietud que me hacía transformarme más y más. Y crecí al mismo tiempo que la fabrica. De un taller, que era al principio, se hizo una gran fábrica, y yo, de un aprendiz, pasando por todos los sectores de actividades profesionales, terminé como director.

Andrés lo miró con asombro, pero no hizo ningún comentario.

–Recuerdo a Shultz…Fue como mi segundo padre… ¡Qué orgulloso estaba cuando entré en la universidad para estudiar ingeniería!...

Con estos recuerdos sus ojos reían felices.

–Una vez al mes, le enviaba a mi madre una carta en la que le contaba todo sobre mí, y donde le metía algún dinero. Todo el pueblo sabía lo bien que me iba en Alemania, porque mi madre se lo contaba a toda la gente que se encontraba por la calle.

Después de terminar la facultad, regresé a mi casa. Habían pasado ya siete años desde que cogí el camino al extranjero.

–Mis padres, en paz descansen, eran más viejos y muy pobres, aunque decían que el dinero, que recibían de mí, les ayudaba mucho. Al verme, mi madre no paraba de llorar –dijo muy afectado el anciano y se quedo un tiempo mirando el horizonte.

–Entonces conocí a aquella que me acompañó a lo largo de la vida, hasta hace dos años. Era una andaluza guapísima y muy buena persona –habló con cariño el anciano.

–Nos fuimos a Alemania solo después de casarnos, porque sus padres no querían dejarla si no era en estas condiciones. Ella ha sido durante 45 años mi isla de tranquilidad. Me regaló dos herederos maravillosos. Cuando nos jubilamos decidimos regresar a nuestra tierra, donde teníamos una casa hecha con nuestro sudor. Es un pecado que a la pobre le diera un infarto y me dejara solo.

–Solo, porque mi hija se quedó con su familia, los dos hijos y el marido, en Alemania, y mi hijo esta viviendo en Madrid con su hija y su esposa. Nos juntamos todos en verano y en Navidad, pero es un castigo quedarme sin su compañía. Menos mal que tengo a Rex, que si no…–dijo el hombre acariciando al perro.

–Vivimos lejos, pero venimos andando los dos todas las tardes para sentarnos, en el mismo banco donde me sentaba con mi querida esposa, a admirar el mar.

Siguió un momento de silencio. Nadie dijo nada. Los dos se quedaron mirando el azul del mar.

El hombre miró la cara de Andrés y le dijo:

–Perdóname, muchacho, me he olvidado de ti.

–Andrés, señor, Andrés –le recordó el joven.

–Claro, Andrés, Andrei, Andreika –le respondió el hombre en el mismo tono, y empezaron los dos a reírse.

–He olvidado presentarme: me llamo Juan.

Y siguiendo el ejemplo de Andrés, continuó:

–Mi madre me decía Juanito y mi padre chaval. Shultz me decía Johan. Los alemanes me cambiaron no solo el nombre, también el destino. Aprendí de ellos la seriedad, la minuciosidad y la precisión en todo lo que hacían.

–Ahora estoy dando clases de alemán en una academia y les hablo a mis alumnos de mi experiencia alemana.

–¡Escúchame bien! La inmigración es buena cuando estás dispuesto

a aprender lo mejor del país a donde vas, y enseñarle a la gente las cosas buenas del país de donde tú vienes.

Andrés se quedó boquiabierto.

–Perdóname por hablar tanto, se disculpó otra vez el hombre preguntándole:

–¿Qué querías decirme?...Me pareces una persona valiosa, de confianza y por esto me desahogué contigo.

–No pasa nada, señor Juan. Usted tiene valor. Churchill dijo una vez que: "Valor es lo que se necesita para levantarse y hablar, pero también es lo que se requiere para sentarse y escuchar."

A Juan le impresionó su viveza y su capacidad intelectual y le respondió fascinado:

–Es usted, Andrés, una verdadera enciclopedia.

–Una enciclopedia seguramente no, pero una tierra donde conviven, en tranquilidad y paz un montón de razas y nacionalidades, segurísimo que sí. Así le gusta a mi madre decir: que soy una tierra.

Juan lo miró contrariado porque no sabía lo que quería decir exactamente.

–Si tiene usted paciencia para escucharme se lo contaré enseguida.

Juan le dijo que sí con la cabeza y Andrés empezó a narrar:

–Así, como le he dicho antes, yo soy español, pero mi madre es rumana y mi padre ruso.

Los dos vinieron por separado y se encontraron aquí. Se conocieron, se enamoraron y se casaron. Me contaron que al principio tuvieron distintos empleos: desde la limpieza de hogares hasta los almacenes, hasta que sus títulos universitarios fueron reconocidos. Ahora mi madre trabaja en un banco y mi padre, hace cuatro años, abrió una clínica dental. Después de vivir 20 años en España, ya se sienten medio españoles. Mis padres están contentísimos de que la gente los valore como personas y no como nacionalidades.

Andrés se paró y miró a Juan.

–¿Ya está?... ¿Y la tierra?...–le preguntó el anciano.

–¿Le parece poco?... Si tiene usted paciencia, yo le voy a explicar. La parte interesante viene ahora. El padre de mi padre, mi abuelo, era mongol y su madre, mi abuela, era rusa. Mis abuelos por parte de mi madre eran rumanos según los documentos, pero en realidad eran, mi

abuela húngara y mi abuelo alemán. Ellos nacieron en Rumania y vivían allí de generaciones atrás.

–Me hice el árbol genealógico y descubrí que tengo, en mis antepasados, una tatarabuela africana. Uno de mis tatarabuelos era francés y, en la Guinea francesa, conoció y se enamoró de una jovencita guapísima negra y se casó con ella en París.

–¿Qué le parece?... ¿Me merezco el nombre de tierra? preguntó encantado Andrés.

Si antes el joven se quedó boquiabierto, ahora fue el anciano quien se quedó así.

–¡Espera un poco que me he perdido!...le replicó Juan.

–Si tu historia es real, entonces eres un fenómeno. Yo jamás me hice el árbol genealógico. Yo soy español y ya no tengo la curiosidad de investigar. ¿Quién sabe? Un día lo harán mis nietos alemanes, dijo Juan y después de un momento preguntó:

–¿Y estos libros, qué estas haciendo con ellos?

–Estos libros me ayudarán a descubrir las historias y los lugares que hay dentro de mí, y espero que un día pueda recorrer el mundo, pisar los continentes y encontrarme con todos los espíritus de mis antepasados.

"Un excelente muchacho", pensó Juan.

–Ha sido un encuentro muy interesante y agradable. Danke por pedir permiso para sentarte a mi lado, dijo Juan. –Te agradezco, Andrés, por darme la oportunidad de recordarme mi vida.

–Vielen dank a usted, señor Juan. Yo soy quien más debería agradecérselo por ofrecerme una tarde maravillosa. Tengo muchas cosas interesantes que aprender de usted –le dijo alegre Andrés.

Juan se marchó con Rex, dejando a Andrés un rato más en el banco para escarbar en sus libros. Antes de alejarse, le propuso a Andrés volver a encontrarse en el banco de los recuerdos y esperanzas, frente a la inmensidad del mar.

ALEGORÍA DEL EXISTIR

Antonio Jesús Ruiz Munuera

CATEGORÍA GENERAL

ALEGORÍA DEL EXISTIR
Antonio Jesús Ruiz Munuera
Segundo premio
Molina de Segura, Murcia

I. VERDE

Las curiosas ramas del Araar[1], curvadas hacia arriba como candelabros, eran el mejor cobijo que Zanco–pardo, el saltamontes de una sola pata, había conseguido en los últimos tiempos; aunque ninguno de ellos se alzaba por encima de lo que solía medir una choza de adobe, y sus pobres hojas apenas despegaban del tronco, les habían servido de abrigo bajo la implacable luz del sol de levante; eran lo mejor desde aquel lejano día que decidieron cambiar de hábitat, abandonando el asilo del gran palmeral, con sus espesas y frescas sombras.

El abuelo Pata–parda, que había dado origen al nombre familiar, contaba que aquel denso bosque de árboles de palma era conocido por todos los nómadas que vagaban por el desierto, agradecidos por un lugar acogedor donde descansar de tan largas y calurosas caminatas. Un verdadero oasis, tesoro de tierra fertilizada por el agua en medio de los arenales del desierto, donde venían a coincidir criaturas de toda condición y origen, atraídas por su promesa de alimento.

Los palmerales, exuberantes bosques siempre verdes, son utilizados por los hombres para todo tipo de aplicaciones: con su madera cons-

[1] El Alerce Africano (Tetraclinis articulata), es una reliquia botánica originaria de las montañas del Rif, conocido como Araar en los dialectos norteafricanos del árabe. Vive en zonas cálidas, soleadas y secas de Marruecos, Argelia, Túnez, Isla de Malta y España (Sierra de Cartagena, único sitio de Europa Continental donde se concentra un centenar de ejemplares).

truyen los muros de sus alquerías o al–qaryas, comparten con nosotros el gusto por sus dulces frutos –los sabrosos dátiles–, trenzan sus fibras para hacer cuerdas y esteras donde dormir, y hasta la savia es transformada en mieles y esencias del vino. Altas como ningún otro árbol del desierto, sus esbeltos troncos llegan a sumar la alzada de más de 20 hombres, lo que quizá les ayudó a ser conocidas en toda África por el nombre de Príncipes. Semejantes a nosotros, se diferencian en sexos; en la tradición del desierto, las bodas beduinas deben celebrarse cuando las palmeras están enamoradas, porque así bendecirán con sus frutos el futuro de la nueva pareja.

Aquella sí que era una buena vida para un ortóptero, más conocidos entre los insectos como langostas, los poderosos insectos masticadores; temidos tanto por nuestra capacidad para triturar todo alimento que se pusiera en nuestro camino, como por la increíble facilidad con la que multiplicábamos por millones nuestro número.

En el palmeral se detenían a diario grandes caravanas de hombres viajeros, que siempre llevaban consigo provisiones de sabrosos cereales para tan largo camino; con el traqueteo de los carros, algunos de aquellos exquisitos granos escapaban de los sacos que tan celosamente protegían los humanos, y acababan por rodar fuera de los carromatos, dejando tras de sí un rastro de ricos manjares que nosotros, los ortópteros, devorábamos hasta quedar ahítos. De esta forma, la caravana de los hombres siempre iba escoltada por una segunda reata de langostas, sin explicarse aquellos cual era el misterio que aclarase la compañía de tal cantidad de insectos. Esa curiosa forma de vida, junto al evolutivo fortalecimiento de nuestras alas, nos hizo convertirnos en una especie migratoria y fue la responsable de que, con el tiempo, nosotras las langostas fuésemos además de viajeras, insectos con un fuerte instinto gregario; es decir, que vivimos siempre en compañía de otros muchos que son como nosotros. Eso nos ofrece protección, y una fuerza tal, que nos ha hecho ser conocidas como una de las plagas más poderosas de la tierra.

II. ROJO

Pero el palmeral desapareció. Cuando creíamos ser un ejército invencible, la naturaleza nos enseñó que no es suficiente con ser millones para asegurar la supervivencia. Un triste día, oculto en un saco de semillas de una de aquellas caravanas nómadas procedentes del este,

llegó a nuestro tranquilo oasis un menudo y desconocido gorgojo[2]. Por su colorcillo rojizo, o tal vez por su ridículo tamaño, le llamaron óxido. Su rostro largo y curvado ayudó a la displicencia de todos los insectos de la colonia, desconfiados por naturaleza de nuevas especies que pudieran requerir su espacio en el jerarquizado mundo del oasis; aunque de apariencia insignificante, se vio obligado a vivir en el único lugar que nadie hubiera querido: la copa de las palmeras, donde el calor es tan abrasador por el día y el frío tan gélido en las noches del desierto, que pocos organismos habrían sobrevivido.

Pero óxido, al que después habríamos de conocer como "el Faraón" –porque comenzó su viaje en las lejanas tierras de Egipto–, era mucho más que un débil bicho con trompa; sus hembras, adaptables por naturaleza, consiguieron acomodarse a las extremas condiciones de reproducción de ese entorno tan hostil; al poco de nacer, y siendo aún una ridícula larva sin patas, el Faraón penetraba desde arriba en el tronco de las palmeras, de las que se alimentaba en silencio con sus poderosas mandíbulas, excavando profundas simas verticales. En cuestión de semanas, uno solo de estos bichos era capaz de oradar galerías ramificadas de varios metros de profundidad desde el mismo capitel de la palmera. Con el paso de los meses, y mientras las indolentes langostas esperábamos a la sombra la llegada de las caravanas, confiadas en un sustento demasiado fácil incluso para el más haragán de los parásitos, empezamos a notar que el frescor de oasis iba disminuyendo poco a poco. Las hojas de nuestro umbrío bosque ya no eran tan frondosas, y su sombra se hacía acompañar ahora de unos molestos rayos de sol que nos obligaba a interrumpir nuestras bien merecidas siestas. En poco tiempo, el hermoso color verde del palmeral empezó a teñirse de un seco tono pajizo, y las antaño desafiantes palmas eran no más que arbustos retorcidos. El agua del manantial retrocedió como chupada por la arena, y antes de que pudiésemos reaccionar a nuestra ociosa inconsciencia, el oasis quedó confundido con las dunas de arena, que lo envolvieron todo con un oleaje mortal. Lo que durante milenios fue un corazón de vida, en pocas lunas se confundió con el camuflaje sepia del desierto.

[2]El picudo rojo (*Rhynchophorus ferrugineus)* se ha extendido a numerosos países de África, Europa y América, ajenos a su área de distribución natural en el sureste asiático, donde está mermando de forma alarmante las poblaciones de palmeras.

III. NEGRO

Las caravanas humanas, al perder el cobijo del oasis, cambiaron sus rutas comerciales, y con ellas se perdió nuestro alimento. Muchas de nosotras, desorientadas y confusas, abandonaron la protección del grupo, exponiéndose a vagar entre las arenas, en busca de comida; vano intento, ya que las yermas extensiones de arenales apenas ofrecían unos miserables arbustos leñosos, desprovistos de toda sustancia nutritiva, duros incluso para nuestras fuertes herramientas de masticador. Otras muchas, al tener olvidada la defensa en espacios abiertos, creyeron estar más seguras con la protección de la noche; perdido el instinto de conservación que nos invitaba a permanecer inmóviles durante el silencio crepuscular, el zumbido de nuestras alas membranosas alertó el sensible oído de los Chotacabras Pardos[3], implacables depredadores de la oscuridad, quienes dieron buena cuenta de ellas.

El resto, capitaneadas por el abuelo Pata–parda, decidimos abandonar para siempre el oasis que nos había visto crecer. Después de alimentarnos con lo poco que encontramos –porque a diferencia de nuestras vecinas las hormigas, no contamos con la cautela de la recolección–, un frío amanecer emprendimos la marcha hacia el norte con nuestro derrotado ejército de langostas, guiadas aún por un atávico instinto de orientación, latente entre nosotras a pesar de todo. Después de largas y penosas jornadas de vuelo sin descanso, en las que perdimos por miles a nuestras compañeras, oteamos a lo lejos un mosaico de humildes chozas de adobe, habitadas por humanos de piel oscura y ropaje multicolor. Esperanzadas con encontrar entre ellos refugio y alimento, nos dejamos llevar de nuevo por la imprudencia.

Toda especie migratoria se precia de contar en su grupo con sujetos especializados: el guía–verdadero regidor del colectivo–, las obreras –hembras estériles encargadas de conseguir alimento y cuidar a las crías–, y los exploradores, rastreadores aventajados que advierten de todo lo inesperado protegiendo a la comuna; con la urgencia de la marcha, o tal vez por lo desacostumbrado del periplo, olvidamos situar una avanzadilla de reconocimiento que tal vez nos hubiera salvado. Los hombres, en campos abiertos y provistos de coloridos trapos que agitaban sin cesar, nos invitaban a dirigirnos a ellos. Aprovechando el confuso horizonte que dibuja el sol poniente, escondían a ras de suelo herramientas que presagiaban una masacre. Nosotras, ciegas de cansancio y llevadas por

[3]El Chotacabras pardo (Caprimulgus ruficollis) es un ave insectívora de costumbres crepusculares, con una notable querencia en su dieta hacia los saltamontes y langostas.

el hambre, nos dejamos guiar sin saber, como más tarde aprenderíamos, que en el desierto los espejismos son la más cruel de las promesas.

Al llegar a su altura en caótica bandada, y olvidando la ordenada formación de vuelo que aseguraba nuestra defensa, nos estrellamos sobre un enmarañado muro de redes que súbitamente creció ante nosotras.

Por millones, la última legión de langostas, que había hecho oscurecer los cielos a su paso, desapareció engullida en una burda trampa de hombres. Nuestras patas dentadas, tan útiles para desplazarnos por tierra, los elitros protectores y nuestras largas y sensibles antenas, envidia del reino animal, no sirvieron sino para enredarnos más en la urdimbre de hilos. En esa celada perdí una de mis extremidades y, pese a todo, me sentí afortunada, ya que fui de las menos que consiguieron burlar la farsa. El grueso del grupo sucumbió impotente, sin fuerzas para zafarse de la maraña de redes.

Después, y tras varias jornadas deshidratando su botín de caza bajo el implacable sol africano, los hombres del desierto molieron a los últimos de mi especie reduciéndonos a polvo. En el cobertizo, a nuestro lado, una colecta de hormigas aladas habría de servir de pigmento para tintar sus llamativos ropajes. A golpe de mortero, las nuestras fueron transformadas en una nutritiva harina[4] que les alimentaría por semanas, haciéndolos entrar una vez más y sin piedad, en el ancestral ciclo de la vida.

IV. AZUL

No todos cayeron en la emboscada. En el último momento, los penetrantes chillidos de la langosta–guía, que permaneció en su puesto a pesar de la desbandada, lograron alertar a algunas de nosotras. Con un último y coordinado cambio de rumbo, orientamos nuestra segundo par de alas hacia arriba, lo que nos permitió salvar la trampa de redes en una maniobra de "picado", pasando entre ellas y el mínimo espacio libre que restaba hasta el suelo, desde donde los humanos habían alzado las cañas de su trampa mortal.

Confusas y asustadas, sabiéndonos aún más desvalidas dentro del perímetro de la aldea, fuimos a buscar refugio entre los pobres arbustos de espinos que a modo de empalizada cercaban el poblado y que como a ellos, habrían de protegernos de los merodeadores.

[4]La entomofagia, o costumbre de comer insectos, es una tradición alimenticia en muchos países. El contenido en proteínas y calorías de la harina y otros alimentos preparados puede multiplicarse mediante el agregado de insectos. Esa costumbre ha sido por generaciones lo que ha marcado la diferencia entre supervivencia y desnutrición en extensas colonias africanas.

Fue una larga noche, donde las sombras de los cactus que nos cobijaban crecían amenazadoras bajo la luz de la luna, huidiza entre las nubes viajeras del desierto que en su deambular, producían inquietantes contornos en movimiento. Inmóviles, para evitar ser diezmadas por nuevos predadores, y sabedoras como cualquier insecto que la quietud es el arma de los seres pequeños, dejamos pasar varios días más, precavidas al fin, ante lo vulnerable de nuestro escaso número. Entre tanto, y con imperceptibles movimientos, nuestra incansable mandíbula trituraba las afiladas espinas, en un paciente ejercicio de alimentación que, lentamente, nos hizo recuperar energía.

Por fin, y dirigidos por una fuerza inmemorial que nos impulsa a movernos, retomamos el vuelo cuando el sol abrasador alcanzaba su cenit, esperando el calor para disuadir a los cazadores, y aprovechando sus corrientes térmicas para impulsarnos en planeo con menos esfuerzo. Aún a plena luz del día, éramos sólo una sombra de lo que días atrás había sido la mayor reunión de animales voladores del planeta. El horizonte ya no se teñía de negro, sino de un añil apenas salpicado de insignificantes insectos, abocados a una suerte más que incierta.

V. BLANCO

Lo llamaban La Puerta de la Esperanza[5], con la certidumbre de que tras un viaje tan tormentoso, no cabía sino la confianza por encontrar algo mejor.

Y es que nuestra invertebrada naturaleza nos impulsaba sin opciones hacia una última salida, comportamiento propio de especie superviviente, propensa a no dar por perdida la vida aún cuando hubiésemos dejado de respirar.

Los poderosos vientos meridionales nos alzaron, ya cercanos al agotamiento, sobre las últimas dunas argenteas de África, donde el confín de sus tierras del norte abre camino al sur de un nuevo mundo. Movidos por la intuición como último aliento, un mar ensortijado dejó paso a la tierra y, perdiendo altura, los detalles de esa nueva tierra se hicieron visibles; farallones de rocas oscuras, afiladas por los envites del mar, nos dieron un recibimiento salpicado de espuma de ola. Hacia levante, pequeñas lagunas de salitre blanco albergaban rosadas criaturas, estilizadas y tranquilas sobre las aguas bajas. Sus orillas, salpicadas por tiernos juncos de

[5]El Estrecho de Gibraltar es conocido por los árabes como *Bab el-Zakat* o "Puerta de la Caridad".

rivera, hicieron rebrotar nuestro tono vital, despertando la conciencia de que por fin, habíamos llegado.

Dividimos el trabajo, en la certeza de que la especialización sería la clave de nuestro éxito; varios de nosotros recibieron la misión de localizar asentamientos para la nueva colonia, alejada esta vez del acomodo zaino del oasis.

A mí, Zanco–pardo, el saltamontes de una sola pata, me asignaron la labor de hospedero, siguiendo la tradición dinástica de los Pata–parda; guié a los míos, tan pocos que ni los alcaravanes reparaban en nosotros, hacia tierras donde plantas y animales son escasos, y quienes las habitan han de desarrollar ingeniosos recursos de supervivencia. Entre Paleras, Cornicabras, Espinos, Artos, y Palmitos, poco dados a albergar huéspedes, encontramos nuestro aposento. En un viejo bosque endémico de Araar, como nosotros último reducto de su especie, establecimos nuestro naciente condominio; sus curiosos frutos de tetraclines fueron cosechados por nuestros congéneres, facilitando con ello su dispersión por las colinas cercanas. Para garantizar nuestra perduración, desovamos al amparo de rocas fantasmales erosionadas por el viento, donde nuestras hembras hundieron su oviscapto en la greda blanda, depositando las semillas de los que pronto serían nosotros.

Pasado el tiempo, el inconformismo ha sido nuestro credo, y el mimetismo nuestra defensa. Los verdosos cuerpos, vestigios de nuestro linaje, se han tornado pardos, camuflaje para los yermos campos de nuestra morada; hasta el abdomen, antaño blando como la piel de los dátiles, aparece hoy orlado de espinas, mensaje disuasorio para las aves y testigo de nuestra infinita capacidad de adaptación.

Ha sido un buen sueño, el mejor desde aquel lejano día en el que abandonamos el cobijo del palmeral, con sus espesas y frescas sombras. Hoy, en las tórridas tardes del estío, emitimos reclamos para los congéneres que, como nosotros, hubieron de abandonar sus orígenes. Vibramos con paroxismo nuestras alas anteriores, lanzando al viento el mensaje de los sin tierra.

NOTA SOBRE LA OBRA

Este relato se disfraza de alegoría, con la certidumbre de que todo lector sensible a la tremenda realidad de la inmigración, sabrá entender –en su sentido figurado–la dolorosa metáfora de tantos miles de personas que se ven obligados a dejar sus raíces en busca de un futuro mejor.

Los 14,4 kms. que separan África de Europa representan el e cuentro de dos culturas, dos mares, dos mundos que, por encima de nuestra intolerancia, están destinados a entenderse.

LOS MUNDOS DEL MUNDO

Moisés Salvador Palmero Aranda

CATEGORÍA GENERAL

LOS MUNDOS DEL MUNDO
Moisés Salvador Palmero Aranda
Accésit
El Ejido Almería

Cuando Leo llegaba del colegio le gustaba pararse un ratito con sus amigos en el parque que había bajo su casa. Jugaban, reían, a veces se peleaban por cualquier tontería, hasta que sus madres iban apareciendo por las diferentes ventanas del edificio gritando sus nombres. Angustias, la madre de Leo, era la última que solía aparecer llamando a su hijo porque, aficionada a la lectura, siempre se le iba el santo al cielo. A veces, al terminar un capitulo miraba el reloj colgado en la pared frente al sillón donde acostumbraba a leer, y salía corriendo a la ventana de la cocina que daba al parque.

–¡¡¡Leo, Leo, Leo, "ven acá pa´cá"!!! –expresión que utilizaban sus vecinas para criticarla, "muchos libros leerá pero a hablar no le han enseñado" –¡¡¡Leo, Leo!!!

–¿Qué lees? –respondía siempre su hijo.

–Una de reyes y reinos perdidos. Anda sube que se está haciendo de noche.

Cada tarde era igual. Sólo variaba el tema sobre lo que trataba el libro que la entretenía. Pero aquella tarde el timbre de la puerta interrumpió la escapada del malvado y corrupto recaudador de impuestos de la torre en la que lo habían encerrado los jueces. Miró el reloj para comprobar que no era más tarde de lo habitual y al descubrir que no eran más de las cinco y media su mente le envió una señal de alarma.

–¡Ay Dios!–dijo al levantarse y correr hacia la puerta. Al abrir encontró a su hijo que entró cabizbajo saludándola sin mucho entusiasmo –Pero Leo, ¿qué te ha pasado, te han pegado, castigado, estás enfermo, enamorado, aburrido? Hijo contesta, dime algo –Angustias lo perseguía alarmada por toda la casa y recogiendo su chaqueta, la mochila y los tazos que Leo iba dejando tirados a su paso.

–Nada mamá, no me pasa nada.

–¿Entonces esa cara, esa hora de llegar a casa, a qué se debe?

–Es una tontería mamá.

–Nada es una tontería si te hace perder la sonrisa y las ganas de jugar con los amigos. Venga vamos a la cocina y mientras meriendas me cuentas de qué se trata. Bueno primero lávate esas manos y mientras yo preparo el Cola Cao.

Cuando Leo entró en la cocina su madre ya tenía la leche caliente sobre la mesa y un plato repleto de magdalenas y galletas caseras. La merienda preferida de Leo. Se sentó en su sitio habitual, frente a la ventana por la que su madre le llamaba cada tarde.

–Bueno, a ver, cuéntame qué ocurre.

–Pues verás mamá –comenzó Leo mientras echaba tres cucharas de cacao a su leche. –Hoy han ido al colegio unos hombres que están trabajando en Madagascar, como la peli esa del lémur que canta "yo quiero marcha, marcha" –su madre asintió sonriendo–Pertenecen a una ONG que se llama "La casa del agua de coco", parece el titulo de un cuento, ¿verdad? –Angustias volvió a sonreír–El caso es que dejaron Almería para irse allí a enseñar a los niños que no podían ir a la escuela y enseñar a sus madres también a leer y educar a sus hijos.

–¿Y te ha dado pena escuchar su situación? Si quieres podemos ayudarlos dándoles…

–No, si no querían dinero, ni alimentos, ni nada, aunque la seño ha dicho que vamos a hacer unos separa libros reciclados, que venderemos el día del libro, y lo que saquemos se lo entregaremos a ellos.

–¿Y entonces que querían?

–Nada, sólo contarnos lo que hacen y por qué lo hacen –se quedó en silencio viendo como la magdalena se hundía en la leche.

–Leo, no te entiendo, ¿qué es lo que te preocupa entonces?

–Dijeron, cuando terminaban la charla, que ellos se habían ido allí

porque querían cambiar el mundo, y que si todos pensásemos igual las cosas irían mucho mejor.

–Pues estoy de acuerdo con ellos, este mundo hay que cambiarlo entre todos.

–¿Si? –A Leo se le iluminaron los ojos, era la primera sonrisa de la tarde –¿entonces estás de acuerdo? Porque yo les he prometido que iba a cambiar el mundo pero pensé que te enfadarías si me iba a Madagascar con ellos.

–¿A Madagascar? –Angustias casi se atraganta con la galleta que empezaba a masticar –Pero Leo, ¿qué dices, cómo te vas a ir a Madagascar si sólo tienes 10 años?

–,¿Pero entonces cómo voy a cambiar el mundo mamá? –Gritó enojado Leo –Aquí todos los niños van al colegio, sus padres saben leer, tenemos hospitales, casas para todos. La parte del mundo que va mal está allí, ¡que no tienen nada de eso!

Angustias no sabía si reír o llorar, si darle un beso o dos, si prometerle que lo dejaría ir a Madagascar o explicarle lo equivocado que estaba. Se sabía en un momento crucial de la educación social de su hijo. El tiempo a su alrededor se detuvo, y por su mente pasaron mil situaciones diferentes, consecuencia de su respuesta. Una equivocación en las palabras y el argumento elegido y podría convertir a su hijo en un irresponsable e insensible ciudadano de una independiente e insensible ciudad. Pero el destino, la suerte, el azar o el incondicional amor de su padre por su nieto le salvaron de tan embarazosa situación. Leo dejó el Cola Cao a medias y la galleta deshaciéndose lentamente para correr a sus brazos.

Al volver de nuevo a la cocina, Angustias le contó a Leopoldo la conversación que tenía con su hijo, y mientras Leo intentaba rescatar lo poco que quedaba de la galleta, su abuelo le contó la verdad de los mundos del mundo.

–Leo, el mundo no es sólo un mundo con diferentes partes –el niño quedó expectante ante la continuación –La Tierra es un mundo lleno de mundos. Cada continente es un mundo distinto, cada país es un mundo distinto, cada ciudad, cada barrio son mundos diferentes. Y dentro de cada barrio hay muchos edificios y cada uno de ellos es un mundo diferente. Dentro de cada edificio, cada familia de las que viven en cada uno de los pisos son muchos mundos diferentes y cada persona dentro de la familia también son mundos distintos –La cara de Leo era un poema, más que ayudar el abuelo lo había confundido.

–Eso complica aún más las cosas abuelo. Si antes había un mundo que yo quería cambiar y estaba en Madagascar, ahora hay muchos mundos sin salir del barrio. Yo no puedo cambiar todos los mundos –dijo desilusionado.

–No Leo, eso lo hace más fácil. Esto de los mundos es como los puzzles que haces con mamá. Ordenar 1000 piezas al principio parece complicado pero ¿Cómo hacéis para solucionarlo?

–Pues dividiendo en varias partes todas las piezas. Primero las que forman el marco y luego según los colores y dibujos que tenga la foto –Se quedó un segundo en silencio y sus ojos se iluminaron ante el descubrimiento –¡Claro abuelo! Si quiero cambiar el mundo debo empezar por los pequeños mundos que son las personas y poco a poco cada pieza irá ocupando su lugar.

–Exacto Leo –y mientras decía esas palabras el rostro de su nieto volvía a reflejar la duda.

–Pero abuelo, en este mundo nuestro nadie necesita ayuda, todos tienen de todo. Aquí yo no puedo cambiar el mundo.

–Te equivocas Leo –una nueva esperanza se abría en las ilusiones del niño –Te voy a contar un secreto. Tú ya has empezado a cambiar el mundo.

–¿Cómo? –gritó sorprendido Leo –¿yo? ¿he cambiado el mundo sin ir a Madagascar? No me lo creo.

–Pues sí, tú sólo has conseguido que una señora de sesenta años que vivía sola pueda encender su estufa esta noche. También que el hijo de mi amigo Tarek haya conseguido una bicicleta y desde hace tres semanas, gracias a ti, ocurren un montón de cosas buenas.

–Pero si ni siquiera conozco a esa anciana, ni al hijo de tu amigo Tarek…

–Claro que no, pero no te hace falta conocerlo para cambiar su mundo. Recuerda el puzzle, cuando encajas una pieza otras cuatro encuentran su sitio. ¿Te acuerdas cuando me enseñaste a encender el ordenador? –Leo asintió –y luego a meterme en Internet, a buscar páginas en el Google, a escribir textos en el Word… –Claro que Leo se acordaba. Cada vez que aprendía algo nuevo en clase se lo enseñaba esa misma tarde. Su abuelo le hacía preguntas a veces que él no sabía responder pero las apuntaba en un papel para al día siguiente preguntárselo a su profesor y, con la respuesta bien aprendida, enseñaba a su abuelo. –pues gracias a tus enseñanzas pude apuntarme en un curso para hacer un blog. En ese curso conocí a Tarek y un montón de gente que se había

quedado sin trabajo. A mí se me ocurrió que juntos podíamos hacer un blog donde cada uno iba escribiendo las cosas que saben hacer. Y gracias al blog el otro día llamaron a Tarek para arreglar la estufa de esa señora mayor. Y como ella no tenía dinero para pagarle, le regaló una bici que había sido de su hijo cuando era pequeño y que ya no utilizaba. Si tú no me hubieses enseñado a usar el ordenador yo no podría haber ido a ese curso y, quizás sin mi idea, no se hubiese hecho ese blog, y sin ese blog…

–Ni la señora tendría su estufa este invierno, ni el hijo de Tarek una bicicleta –Leo no podía creer lo que escuchaba. Había cambiado varios mundos desde su casa, sin tener que viajar a Madagascar.

–Pero otras veces también lo habías hecho –dijo su madre. ¿Más? Pensó Leo –¿Te acuerdas en Navidad toda la ropa y los juguetes que llevamos a Cruz Roja? Esas cosas también cambiaron muchos mundos. Cada juguete cambiaría uno, cada pantalón que tú ya no usabas sirvió para que otros niños pudiesen ir a la escuela sin pasar frío. Cada uno de nuestros actos tienen consecuencias en los mundos que nos rodean.

–La cara de Leo reflejaba entusiasmo, sorpresa, orgullo, satisfacción. La tarea de cambiar el mundo, que hacía unas horas le parecía imposible de realizar, sin tener que alejarse de su madre para irse a Madagascar, ahora le parecía más sencilla.

–Sabes mamá, creo que al final voy a invitar a Carlos a mi cumpleaños.

–¿Quién es Carlos? –preguntó su abuelo.

–Un niño con el que nadie quiere jugar. Le llaman cuatro ojos y gordo a todas horas y siempre está solo en el recreo. A mí me gusta hablar con él porque sabe mucho de Egipto y de videojuegos, pero cuando me ven a su lado se meten conmigo, así que muchas veces ni lo saludo. Si lo invito a mi cumple, lo mismo los demás se dan cuenta de lo listo que es y quizás algunos jueguen con él en los recreos, y dejará de estar solo y aburrido. Y si consigo cambiar su mundo también cambiaré el de todos los niños de la clase, el de la seño, que no para de regañarnos cuando le dicen esas cosas, y el mío propio, porque así podré jugar con él cuando me dé la gana sin que se metan conmigo.

–Ah, me parece muy bien –dijo su madre–Pues yo a partir de mañana voy a ir al trabajo en autobús y no cogeré el coche.

–¿Y eso cambiará el mundo? –preguntó Leo.

–Claro, si todos cogiéramos menos el coche habría menos contaminación y más parques donde la gente iría a jugar, y estarían más contentos.

–Las luces también contaminan, gastan energía, así que si apago las luces que no necesito ¿también cambiaré el mundo, no?

–Eso es –dijo el abuelo –Pues yo para cambiar el mundo convenceré a los del club de jubilados para que aprendan informática y participen en el blog y no estén todo el día aburridos jugando a las cartas.

–Cuando su madre se fue a trabajar, Leo y Leopoldo se pasaron el resto de la tarde haciendo una lista de cosas que podrían cambiar el mundo: ayudar a una anciana a cruzar la calle, ayudar a Sophie a que aprendiese español más rápido, echar cada residuo a su contenedor correspondiente, comprar sólo lo que voy a necesitar, compartir las cosas con los compañeros de clase, echar una mano a los de la perrera para sacar los perros a pasear, conseguir que mis amigos me ayuden a cambiar el mundo, aprender primeros auxilios, sonreír y devolver las sonrisas, aprenderme algunos chistes para hacer reír a los demás, usar las papeleras, plantar un árbol y cuidar las macetas de casa, no usar tantas bolsas de plástico en el súper, comer más fruta y verdura, no desilusionarse porque tarde o temprano verás los resultados, estudiar mucho…

Al llegar su padre a casa Leo seguía pensando cosas que añadir a su lista.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Apuntar ideas para cambiar el mundo.

–¿Cambiar el mundo tú solo?

–Bueno hay mucha gente ayudando, mamá y el abuelo me van a echar una mano.

–¿Pero cambiar el mundo no es algo muy complicado y casi imposible?

–Que va. Si miras el mundo entero a lo mejor, pero si sabes que el mundo está lleno de mundos es más fácil.

–¿Cómo? Anda vamos a cenar y me explicas eso más tranquilamente.

Durante la cena Leo le contó a su padre todos los descubrimientos que había hecho a lo largo del día, la casa del agua de coco, la teoría del mundo de los mundos, como estaba cambiando el mundo, sus ideas para avanzar en su propósito. Cuando su padre terminaba de arroparlo y antes de apagar la luz preguntó.

–¿Y yo qué puedo hacer para cambiar el mundo?

–Pues tendría que pensarlo bien papá y discutirlo un poco con el abuelo, pero quizás si volvieses antes a casa estarías cambiando el mundo –su padre se sorprendió al escuchar eso.

–¿Así cambiaría el mundo?

–Claro, si tú vuelves antes a casa el abuelo no tendría que venir a cuidarme y se dedicaría a buscar más gente para su blog, mamá estaría más contenta de vernos jugar juntos. Y si yo y todos estamos felices cambiaremos el mundo de los que nos rodean y ellos cambiarán el mundo de sus familias y así terminaríamos el puzzle.

–Ah, ¿entonces si yo mañana vuelvo antes de trabajar el mundo estaría mejor?

–Exacto, has dado en el clavo. Hasta mañana papá.

–Hasta mañana Leo.

Nunca se lo había planteado así. Se sentó en el sofá a leer la lista que su hijo había hecho y pensó que tenía razón. Además, ahora que iban ahorrar en la factura de la luz y en el mantenimiento del coche, podría dejar de trabajar tantas horas al día y dedicárselas a su familia. Es más, al día siguiente daría la tarde libre a sus empleados y se sentaría con Leo a planificar su estrategia para cambiar el mundo. Si su hijo tenía un propósito tan loable no iba a ser él quien le quitase la ilusión. Si Leo estaba convencido que todos podemos hacer algo por cambiar el mundo, él estaba dispuesto a ayudarle.

Se durmió con la esperanza de que su hijo llevase razón.

EL INVENTOR

Rosa María López Casero

CATEGORÍA GENERAL

EL INVENTOR
Rosa María López Casero
Accésit
Coria, Cáceres

El pequeño Brahim se había criado más bien enclenque. Cuando no estaba acatarrado, le dolían los oídos. A los seis meses aún no sostenía la cabeza, se le caía para un lado si alguien lo cogía. Parecía un muñeco de trapo, y la gente se asustaba.

Su familia y él habían sufrido tantas calamidades, que sus estómagos se habían habituado a estar vacíos; por eso Brahim apretaba la boca siempre que le daban de comer, nunca tenía hambre. Se pasaba el día llorando. En el verano, los vecinos dormían con las ventanas abiertas, y en el silencio de la noche debían soportar los berridos del pequeño Brahim. Al día siguiente, la señora Basilia al salir a barrer la puerta de la calle decía a Babar, el padre de la criatura:

–Esta noche también lo ha hecho bien el niño. No hemos pegado ojo hasta las cinco.

–Tiene razón, Basilia. Este hijo va a acabar con nosotros: es muy nervioso.

–Pues prueben a untarle el chupete con miel, a ver si así se duerme.

–Lo hemos intentado todo, pero ni por ésas.

Esta escena se repetía un día sí y otro también.

Antes del año, Brahim hablaba muchas palabras con claridad, y a los nueve meses, no andaba, corría echando su cuerpo hacia delante con el consiguiente susto de las vecinas que exclamaban que el niño se iba a matar.

A los cinco años Brahim construía jaulas para grillos y era un inventor tan fabuloso que quienes lo conocían se llenaban la boca hablando de su imaginación. Con una tabla, una pinza de la ropa, una púa y una goma se construía un arma para atrapar lagartijas y salamanquesas. Cuando fabricó unas cuantas, las llevó a la escuela para regalárselas a los compañeros, pero los más mayores las arrojaron al suelo y las pisotearon. Brahim se alejó mientras se limpiaba unas lágrimas con la manga.

Una de sus habilidades consistía en cazar moscas al vuelo. Cuando atrapaba una, ataba un extremo de un cabello largo a la cabeza de la mosca, y el otro extremo a un papelito donde ponía: "Rebajas en El Corte Inglés". Y la soltaba por el aula para el deleite y la risotada de toda la clase.

Otras veces reemplazaba las moscas por pájaros. Sacaba uno de los que guardaba en un bolsillo, ataba a su pata mensajes de amor para Anita (su amor, la única que no lo despreciaba), y, cuando el maestro no le veía, lo soltaba. El alboroto que se preparaba era monumental: libros por el suelo y niñas corriendo asustadas. Algunas creerían que estaban ante la invasión de los pájaros de Hitchcock.

Pero Brahim tenía siempre una mirada triste. En la escuela le ridiculizaban y nadie, excepto Anita, quería ser su amigo. No entendía por qué sus compañeros corrían si él se acercaba a ellos en el recreo, o cuando pretendía jugar un partido de fútbol en las pistas del polideportivo. ¿Sólo porque su piel era diferente?, ¿por ser más oscuro? Le entristecía pensar en la actitud de los que se ensañaban con él, le tiraban boñigas de asno al tiempo que le gritaban "Vete para el Sahara, negro". Le dolía que le llamaran "negro", sobre todo por el tono insidioso con que se lo decían.

Para congraciarse les rescataba las pelotas que se "encajaban" en los tejados o en los balcones. Pero no se lo agradecían. Siempre jugaba solo. Y volvía a casa con cierta congoja, aunque no contaba nada a sus padres.

Cuando se metía en la cama, temía que amaneciera, porque eso implicaba volver al aula y recibir el desprecio y los insultos de sus camaradas.

Desde que recordaba, había vivido en ese pueblo. Habían pasado ya diez años desde que llegara con sus padres a España. La patera había zozobrado en las costas de Cádiz y habían logrado llegar a un pueblito de Extremadura, donde se encontraron con otros paisanos que habían rehecho su vida en aquellas tierras.

Babar, el padre, no era un negro cualquiera: en el Sahara, de donde venían, era respetado y admirado. En Extremadura aprendió a trabajar la tierra de los poderosos. Al principio, en el pueblo los miraban con

recelo; pero trabajando casi por la comida, siendo amables y prudentes, aceptando insultos y malos modos, consiguieron que los admitieran. Cada día daban gracias a Alá por su buena suerte de estar en España y tener comida y un techo que los cobijara: aquel barracón, en comparación con las tiendas del Sahara, era para ellos como el mejor palacio. Luego, pudieron alquilar una casa con un pequeño huerto. Y tomaban tres comidas al día, algo impensable en su país. Si huyeron de allí fue por darle una mejor vida a Brahim; se habían sacrificado durante años hasta conseguir un pasaje en la vieja patera. Aquí su hijo recibiría una educación. Tenían suficiente para subsistir –necesitaban tan poco– y nadie los molestaba.

Cuando tenía diez años, Brahim inventó complejos artefactos mecánicos para ayudar a Babar en la huerta, y una especie de robot que, aunque primitivo, le simplificaba a su madre las tareas del hogar, y era la envidia de sus vecinas.

Brahim soñaba con ser inventor. En la mayoría de los artefactos que ideaba, estaba presente su afición por volar, como un afán de elevarse por los aires y alejarse de la tierra, donde no era aceptado por ser diferente.

Con unos ganchos de hierro y una correa, colocados en las manos y los pies, trepaba a los árboles mejor que un mono. Además, tenía la habilidad de escalar muros, paredes y árboles como si de un spiderman se tratara. Las vecinas se asustaban cuando lo veían subir por una pared de tres o cuatro metros, para coger nidos entre los agujeros de las piedras.

También creó un extraño lenguaje que hablaba con fluidez y que nadie entendía, pero a él le valía para escribir sus inventos, sus ideas, como si fuera un diario.

–Tiene sus reglas ortográficas y todo –decía a su amiga Anita–, y no es como el español, se escribe de una manera y se lee de otra.

Un día, la madre encontró el diario en la habitación de Brahim y leyó:

"Troedadu trun yiif izni llemru, iz beu et zuyu yu koidi lliif lu, duet di inchinnadu ucu".

La madre salió haciendo cruces y se lo enseñó a su marido:

–Babar, ¿has visto lo que escribe tu hijo? No, si a este chico van a hacérsele agua los sesos como siga así.

–¡Qué prodigio de hijo tienen! –decían los vecinos. Y la madre se sentía muy orgullosa de él.

La fama de Brahim se extendió por toda la región. Las Asociaciones de Mujeres y de Amas de Casa de diferentes localidades organizaban excursiones para conocer a ese portento de niño y sus inventos.

La casa de Brahim era de dos plantas, como la mayoría de las del pueblo y, también como la mayoría, tenía un huerto a su espalda. Allí no había escasez de terreno porque el suelo no se cotizaba tanto como en la capital.

Junto al huerto se veía un jardín con arriates y flores y, en el medio, sauces llorones, palmeras, plataneras, pinos, prunos…

La madre, al despertar una mañana, se asomó a la ventana y atisbó un bultito en la vieja platanera. "Qué animal será ése", pensó mientras caminaba hacia el árbol. Allí, en lo alto, estaba… ¡Brahim!

Desde ese día, Brahim subía al árbol cada vez con más frecuencia. Se pasaba mucho tiempo encaramado en él, hasta la hora de la comida.

Sus padres le veían afanarse recopilando material y diseñando extraños dibujos.

En una ocasión, Brahim escuchó a su madre que, llorando, le contaba a Babar la actitud tan rara de su hijo y lo inútil de su vida en el árbol. A Brahim las palabras de la madre le hicieron recapacitar y, desde entonces, decidió ignorar los desprecios y dedicarse a lograr la felicidad de los demás, a pesar de que no lo aceptaran.

Cada día su madre reparaba en que Brahim desaparecía del árbol. Estaba desconcertada porque pensaba que sería otra genialidad de su vástago.

Después de la siesta observaba cómo acudían unos cuantos compañeros junto al árbol. Luego escuchaba una algarabía: alrededor del tronco se iba posando una nube de niños y niñas, con la mirada puesta en la ancha copa. Desde su atalaya, Brahim depositaba en un cesto una gran cantidad de juguetes –trenes de madera, encajables, dados, muñecos, tirachinas, coches–, todos diseñados por él, y lo bajaba hasta el suelo ayudado con una cuerda. Cada uno elegía el que más le gustaba y se marchaba contento, aunque ninguno le daba las gracias.

La madre, que a diario veía repetirse la escena, se enorgullecía de su hijo. Por su parte, Brahim había comprendido que, de esta manera, los demás niños acudían a él. Su mente continuaba ideando lo que para la mayoría eran rarezas, pero él sólo se preocupaba de hacer más felices a todos los chicos del pueblo.

Al atardecer, Brahim practicaba una serie de acrobacias y saltos de rama en rama que a su madre la tenían por demás inquieta. Cuando ya no pudo resistirlo, le dijo:

–Pero, hijo, que no eres ningún pájaro, no tienes alas, te vas a matar.

–Tranquilízate, mamá. No soy un pájaro.

Ella suspiró aliviada y esbozó una leve e incrédula sonrisa.

–No, mamá –dijo con voz solemne–, no soy un pájaro, soy un koala.

La vecina le dijo a la madre de Brahim:

–Su hijo es muy inteligente y muy bueno, amiga mía, pero estará de acuerdo conmigo en que está como una cabra.

La señora Basilia le confirmó lo que ella no quería reconocer.

La madre miró hacia lo alto del árbol y, en ese momento, Brahim deslizó con una cuerda un corazón de cartulina con dibujos y una abertura en medio. Al abrirlo se leía: "Te quiero mucho, mamá". La madre le tiró un beso agradecida y sonriente.

Brahim sentía fascinación por los animales que podían trepar a los árboles –koalas, ardillas– y los pájaros que volaban hacia ellos al caer la tarde, para pasar la noche. Y observaba sus movimientos y seguía dibujando en su cuaderno.

Brahim decidió un día bajar del árbol para jugar con los demás chicos: si acudían a por los juguetes que les fabricaba, sería que lo aceptaban como amigo. Se metió entre ellos con una sonrisa de blancos dientes. Los niños echaron a correr mientras gritaban: El negro, el negro, que nos coge el negro…

Brahim se quedó inmóvil contemplando cómo se perdían por las callejuelas del pueblo.

Desde entonces no volvió a bajar de la platanera: ése sería su hogar. Para descansar, se sentaba en una rama gruesa y allí se quedaba dormido.

Sus padres estaban muy preocupados por el proceder de Brahim ya que llegó un momento en que la platanera fue imprescindible para él.

Brahim fabricó una especie de polea con la que la madre le suministraría agua, comida, mantas, ropas, libros y los materiales que él pedía para continuar con sus inventos.

Una tarde, Babar y su mujer escucharon un extraño ruido, como de motor, un zumbido que provenía de la platanera. Instantes después se quedaron petrificados: Brahim, sentado en una plataforma de madera

asida a una soga, con unas alas largas, como de helicóptero, daba vueltas alrededor del árbol. El chico la dirigía con unos mandos en las manos y, cuando parecía que iba a tocar al suelo, se elevaba hasta quedar suspendida en lo alto, sobre una gruesa rama.

Más tarde Babar comprobó que a la cortadora del césped le faltaba el motor. Y le dijo:

–Estás acabando con mi paciencia, hijo. O bajas de ahí o te haré bajar yo.

Los padres no entendían por qué, en vez de irse a jugar con los demás niños, prefería estar solo y encaramado en el árbol. Ahora se avergonzaban de los comentarios de sus vecinos.

Una mañana, Babar se colocó debajo del árbol y repitió su advertencia:

– ¡Brahim! –le gritó–. ¡Baja de ahí de una vez!

Ante el silencio del niño, Babar continuó:

–No pienses que tu madre y yo vamos a aceptar que sigas ahí arriba. Somos el hazmerreír del pueblo. Si mañana no has bajado, derribaré la platanera.

Los inmensos ojos negros de Brahim miraron a Babar con temor.

En toda la tarde sus padres no le escucharon reír. La madre le subió con la polea su plato preferido: natillas. Pero al bajarlo más tarde, comprobó que estaba intacto.

Después de la cena, la mujer preguntó a Babar:

–¿De verdad vas a derribar el árbol, marido? ¿Lo dices en serio?

–Muy a mi pesar, sí. Es la única manera de que Brahim entre en razón y vuelva a la casa.

–¿No estaremos siendo muy duros con él?

–¿Crees que a mí no me duele que pueda causarle daño? Pero no sé qué hacer. En el trabajo me preguntan por "el Koala", y se ríen en mis narices.

–¿Y si pedimos ayuda?

–¿A quién? ¿Al médico para que lo interne? ¿Al cura, que dice que somos infieles? No, mañana derribaré ese árbol.

Al día siguiente muy temprano, el padre se dirigió hacia la platanera empuñando un hacha. Pero Brahim no estaba allí.

Cuando salieron del colegio, los niños saltaron la tapia y corrieron en

busca de los juguetes. Lo llamaron. Por momentos todos se quedaron mirando las ramas altas. Ni rastro de Brahim.

En la casa se oían llantos. Los niños se asomaron por la ventana: Babar sostenía en sus manos el croquis de un extraño aparato volador, y un dibujo de su hijo montado en aquel cacharro inventado por él, pero sin la cuerda.

Los compañeros y los padres de Brahim, asustados, elevaron los ojos a ese cielo plomizo esperando ver en él lo que todos imaginaban y ninguno se atrevía a expresar en voz alta.

EL HOLANDÉS ERRANTE

Carlos del Pozo Manzanares

CATEGORÍA GENERAL

EL HOLANDÉS ERRANTE
Carlos del Pozo Manzanares
Accésit
Canet de Mar, Barcelona

La primera vez que vi a Rüdd Hanegem debió ser una de aquellas mañanas en que yo aprovechaba la media hora del café administrativo, que me concedían cada día en la Subdelegación del Gobierno, para lanzarme Rambla abajo en busca de algo que diera cierto sentido a mi vida. Desde hacía meses prefería explorar la vitalidad de la Rambla a compartir ese descanso diario con mis compañeros de oficina, que malgastaban esa media hora sentados en la terraza del selecto café Zurich, desgranando conversaciones frívolas y carentes de sentido junto a ociosos turistas y ejecutivos de éxito en situación de parada técnica. En aquellos paseos que solían llegar hasta el Liceo, y en los días más animados hasta las inmediaciones de Colón, me gustaba admirar el paisaje urbano que la ciudad brindaba, con sus colores y brillos, y a diferencia de los voraces japoneses, que tenían que fotografiarlo todo –desde los autobuses y taxis hasta los guisantes y las naranjas de la Boquería–, a mí me bastaba con el fogonazo de luz proyectado desde el cielo sobre los kioscos de prensa, las paradas de flores y las docenas de estatuas humanas que jalonaban la Rambla.

La primera vez que vi a Rüdd Hanegem fue a la altura de Canaletas, lugar del que ya no se movería en los meses sucesivos, y fue dando vida al soldado de bronce, una de las estatuas humanas que mayor prédica tuvieron por aquél tiempo en la Rambla, tanto que algún avispado fotógrafo trasladó con éxito su estampa a esas postales para turistas que se venden en los kioscos del gran paseo, y ello sin abonar derechos de

autor. Hanegem tenía la cara y las manos de color bronce y el cuerpo arropado por el uniforme de esos soldados de las películas de Kubrick que odian la guerra, y cuando acababa con su complicada labor de maquillaje frente a un pequeño espejo, se calaba el casco y se colgaba un par de enormes prismáticos a través de los que oteaba el comienzo del Paseo de Gràcia, en la confluencia con las Rondas, como si adivinara en lontananza un mundo mejor, sin miseria ni guerras. En ocasiones, debido a la rigidez que adquiría su cuerpo, dejaba escapar alguna gota de sudor que le bañaba la mejilla.

Yo pasaba cada día por allí, y en un discreto segundo término, detrás de los japoneses que se agolpaban haciéndole fotos y de los ingleses que, con un par de cervezas encima reían de no se sabe qué –los ingleses suelen llevar siempre un par de cervezas encima y reírse de cosas inexplicables–, le contemplaba unos segundos. Después dejaba una moneda de un euro sobre el cubilete de bronce que nacía a los pies del pedestal sobre el que se alzaba y caminaba Rambla abajo. Él, como si así quisiera agradecerlo, dejaba resbalar una gota de sudor sobre su mejilla y, con los prismáticos fuertemente adheridos a sus ojos, esbozaba desde sus labios una leve mueca sonriente. Cuando volvía hacia mi trabajo de subida pasaba a sus espaldas, delante de casa Llobet, porque cierto pudor que aún hoy no me explico me impedía cruzar mi mirada con la suya dos veces en un mismo día. A las tres, cuando salía de trabajar y pasaba por Canaletas, la estatua del soldado de bronce ya no estaba allí.

Un día que salimos antes de trabajar debido a que esa semana la jornada laboral se redujo hasta las dos de la tarde –creo que a causa de la festividad de la Mercè–pude ver desde el semáforo donde muere la calle Pelayo y comienza la Rambla cómo Rüdd Hanegem se disponía a recoger sus bártulos dando así por terminada la sesión de mimo de ese día. Me detuve en seco en el semáforo pese a estar en fase verde el monigote de los peatones y esperé a que Hanegem acabara su labor de recogida. Después, cuando enfiló Rambla abajo, seguí discretamente sus pasos. Tras girar por Pintor Fortuny y seguir por Peu de la Creu y Riera Alta, antes de desembocar en la Ronda de Sant Antoni, pude ver cómo se introducía en el viejo portal de una pequeña calle llamada Requesens, perpendicular a Príncipe de Viana. Como se puede comprender, ahí se acabó mi curiosidad, al menos por aquél día.

En días sucesivos seguí pasando delante de la estatua del holandés con total normalidad, dejando a sus pies el euro de rigor y recibiendo la tibia mueca sonriente del soldado de bronce. Un buen día acabé por

decidirme a visitar aquel portal de la calle Requesens para saber algo más de Hanegem, de quien lo desconocía entonces todo, incluso su nombre. No había portero en la finca y la puerta estaba permanentemente abierta, y en el desvencijado cuadro de buzones apenas había cuatro apartados de los doce existentes con los datos de su titular. Una de esas excepciones, con una letra retorcida y hermosa, me reveló el nombre del tipo: Rüdd Hanegem. No había duda, era él.

Aprovecharía un par de cafés administrativos de otras tantas mañanas, tras comprobar que Hanegem estaba en la Rambla consagrado a su quietud de estatua urbana, para volver a visitar el portal de la calle Requesens y averiguar algún dato más sobre el holandés. El segundo día me abordó un señor de edad con aspecto de jubilado que llevaba adheridos a su costado todos los diarios gratuitos que se distribuyen en la ciudad, y que me preguntó si se me ofrecía algo. Me había observado merodear por allí en jornadas anteriores y le había extrañado mi conducta. Le revelé que era un periodista de La Vanguardia que quería hacer un reportaje acerca de la estatua del soldado de bronce, Pero como usted sabrá, las estatuas no hablan, así que puede que usted me cuente algo sobre él, añadí. El anciano, un tipo simpatiquísimo, me dijo entonces que tal vez podría explicarme algo frente a un par de copas de coñac. Y en un viejo bar de la calle Hospital me contó la historia de Rüdd Hanegem.

El holandés había llegado a Barcelona de vacaciones con su mujer Liesbeth y su hijo Arie un par de años antes. Su esposa era enfermera y pertenecía a una ONG que desplazaba sus efectivos humanos a todos los lugares del planeta azotados por conflictos bélicos. A los tres días de estar en nuestra ciudad fue llamada por su organización para acudir a Kosovo a suplir a una compañera enferma; era cuestión de finalizar un programa de vacunaciones que la tendría en tierras balcánicas no más de dos semanas. Rüdd era matemático pero se había quedado sin trabajo el mes anterior, con lo que decidió permanecer junto a su hijo en Barcelona hasta el final de sus vacaciones y reunirse con Liesbeth en Amsterdam veinte días después, haciendo coincidir el final de sus vacaciones con el de la misión humanitaria de ésta.

El holandés no pudo llevar a cabo sus previsiones porque el destino se rebeló contra sus planes. Su hijo Arie fue atropellado en la calle Aragón por un vehículo que se dio a la fuga y le causó un traumatismo craneal que le tenía en coma hasta el día que el viejo jubilado me relató la atroz historia. El niño fue ingresado en el Hospital de San Juan de Dios y sus padres decidieron que Rüdd se quedara con él en Barcelona hasta

que Liesbeth acabara su trabajo en Kosovo. Pero aún hubo más, ya que Liesbeth no pudo concluir su tarea: una tarde que regresaba junto a una patrulla de cascos azules en un camión, éste fue bombardeado por fuerzas rebeldes, muriendo todos sus ocupantes. Desde ese día Rüdd hubo de buscarse la vida para sufragar la elevada factura que comportaba la estancia diaria de su hijo en el hospital.

Desde aquella mañana que el anciano me reveló la historia de aquél holandés errante ya no volví a pasear Rambla abajo durante la hora del café administrativo. Regresé a las aburridas tertulias de mis compañeros en el selecto café Zurich, lo que no me impedía contemplar desde Plaza Cataluña a Rüdd Hanegem subido a su pedestal observando en lontananza con sus prismáticos. Entonces supe que lo que sus ojos imaginaban era un mundo sin guerras, y también supe que la gota que resbalaba por sus mejillas no era sudor producto de la rigidez de su cuerpo, sino amargas lágrimas tal vez debidas a su dolorosa angustia.

EL PRESENTE VOLUMEN DE LA
COLECCIÓN CUÉNTANOS
Cuéntanos tu Esperanza

Promovido por el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia, y editado por el Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación de Almería, ha contado como **Jurado** con:

Almudena Valentín Uclés, Diputada Delegada del Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia; **Raquel Puerta López**, Jefa de la Sección de Programas de SS.SS.CC., sustituida temporalmente por **José Miguel Batlles García**, Técnico de la Sección; **Isabel Garzón Garzón**, Técnico de la Sección y responsable del proyecto; **Pilar Quirosa-Cheyrouze y Muñoz**, Escritora, miembro del Departamento de Arte y Literatura, y Jefa de Publicaciones Externas del IEA; **Naima Ejbari**, miembro del Departamento de Arte y Literatura del IEA, Doctora en Globalización Multicultural, Exclusión Social y Migraciones; y, actuando como Secretaria del Jurado, **Irene Cuadrado González**, Técnico representante del Servicio Jurídico y Administrativo, del Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia.